

Emilie Burns



INTRODUCCION AL MARXISMO

Fondo documental **EHK** Dokumentu fondoa
Euskal Herriko Komunistak

INTRODUCCIÓN AL MARXISMO

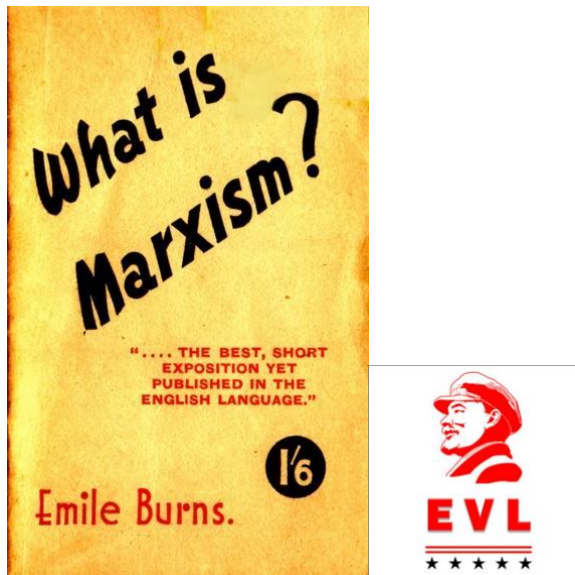
Emile Burns

Este trabajo ha sido convertido a libro digital por militantes de EHK, para uso interno y forma parte del material de trabajo para el estudio, investigación y formación del pensamiento marxista

<http://www.ehk.eus>

<http://www.abertzalekomunista.net>

Edición EVL-PCPR



INDICE

- I. Una visión científica del mundo
 - II. Las leyes del desarrollo social
 - III. La sociedad capitalista
 - IV. El estadio imperialista del capitalismo
 - V. La lucha de clases y el Estado
 - VI. La sociedad socialista
 - VII. La concepción marxista de la naturaleza
- Conclusión

I. Una visión científica del mundo

El marxismo es una teoría general del mundo en que vivimos y de la sociedad humana como parte integrante de este mundo. Su nombre proviene de Karl Marx (1818-1883), quien, junto con Frederick Engels (1820-1895), elaboró esta teoría durante el pasado siglo (s. XIX).

Ambos emprendieron la tarea de investigar cómo es la sociedad humana, por qué cambia, y qué perspectivas le esperan a la humanidad. Sus estudios les llevaron a la conclusión de que estos cambios —al igual que los cambios que se producen en la naturaleza exterior— no son accidentales, sino que siguen determinadas leyes. Este hecho hace posible elaborar una teoría científica de la sociedad, basada en la experiencia efectiva de los hombres, en contraposición a las vagas nociones que se acostumbraba —y que todavía se acostumbra— usar acerca de la sociedad, las cuales van asociadas a las creencias religiosas, al culto de la raza o de los héroes, y a las tendencias personales o a los sueños utópicos.

Marx aplicó esta concepción general a la sociedad en que vivió, en particular a la Inglaterra capitalista, y elaboró la teoría económica del capitalismo por la que es ampliamente conocido. Pero él siempre subrayó que sus teorías económicas no podían separarse de sus teorías históricas y sociales. Los salarios y las ganancias pueden, hasta cierto punto, ser estudiados como cuestiones puramente económicas, pero el investigador que se propone estudiar la vida real y no meras abstracciones pronto se da cuenta de que los salarios y las ganancias sólo pueden comprenderse plenamente cuando se ponen en relación con los empresarios y trabajadores, y éstos, a su vez, remiten a un estadio histórico en el que viven.

La aproximación científica al desarrollo de la sociedad se basa, como toda ciencia, en la experiencia, en los hechos de la historia y del mundo que nos rodea. De ahí que el marxismo no sea una teoría completa ni acabada. A medida que se desarrolla la historia y que el hombre va reuniendo más experiencia, el marxismo se va desplegando y va siendo aplicado a nuevos hechos que van surgiendo. El desarrollo más sobresaliente que ha tenido lugar desde la muerte de Marx y Engels ha sido la obra de Vladimir Illich Lenin (1870-1924).

El método científico en el estudio de la sociedad da lugar a un conocimiento que puede emplearse para cambiar la sociedad, de un modo análogo a como el saber científico se usa para transformar el mundo natural. Pero también se pone de manifiesto que las leyes generales que rigen el movimiento de la sociedad son similares a las del mundo natural. Tales leyes, de validez universal, válidas tanto para los hombres como para las cosas, constituyen lo que podría llamarse la filosofía o visión del mundo marxista.

Los capítulos que siguen tratan acerca de la teoría marxista en aquellos campos que tienen interés más inmediato. Sin embargo, es esencial darse cuenta, desde el principio, de que si el marxismo exige reconocimiento en el campo de las ciencias es porque procede de un estudio científico de los hechos, porque sus teorías corresponden a los hechos; en una palabra: porque es verdadero. Y precisamente porque es un método certero, puede y debe usarse para librar a la humanidad de los daños y de la miseria que afligen a tantos en el mundo de hoy, y para ayudar a los hombres y mujeres de todos los países a alcanzar un pleno desarrollo humano en el marco de una forma más elevada de sociedad.

II. Las leyes del desarrollo social

La historia de la humanidad se describe a modo de lista interminable de guerras entre países o de hazañas de reyes, generales o estadistas. A veces, los motivos de estas figuras individuales se presentan de manera puramente individual, como si sus ambiciones les condujeran a conquistar territorios o como si unas veces sus ideales morales y otras su inmoralidad les determinaran a adoptar una política concreta. Se dice algunas veces que actúan en virtud del honor o del prestigio de su pueblo, o en aras de un ideal religioso.

El marxismo no considera satisfactoria esta manera de enfocar el estudio de la historia. En primer lugar, considera que la auténtica ciencia histórica debe habérselas con los pueblos. Por ejemplo, le concede importancia a Cromwell, el dirigente de la Revolución Inglesa de 1640, debido a que él y su movimiento derribaron los obstáculos del feudalismo y abrieron el camino para el amplio desarrollo que luego tuvo el capitalismo de Gran Bretaña. Lo que importa no es el registro de sus batallas ni sus ideas religiosas o sus intrigas, sino el estudio del papel que desempeñó Cromwell en la historia del desarrollo de la producción y de la distribución económicas en Inglaterra, y de por qué, en aquel período y en aquel país, la lucha social se dirigió contra la monarquía feudal. Todo esto, acompañado de la investigación de los cambios introducidos en aquella época, es lo realmente importante, y constituye la base de una ciencia de la historia. A partir de los conocimientos que se desprenden de un estudio como éste (y junto con el estudio de otras épocas y de otros pueblos), es posible trazar teorías generales, leyes del desarrollo de la sociedad que son tan reales como las leyes de la química o de cualquier otra ciencia. Una vez conocidas estas leyes, podemos hacer uso de ellas como de cualquier otra clase de leyes, aplicándolas a nuestra acción; no sólo podemos predecir lo que es probable que ocurra, sino que podemos actuar con objeto de asegurar que ocurra.

Así, pues, el marxismo aborda el estudio de la historia con el fin de trazar las leyes naturales que rigen la historia humana, y para ello no centra su atención en los individuos, sino en los pueblos. Y cuando examina a los pueblos (por lo menos a los que son posteriores al estadio de la sociedad primitiva), halla que están divididos en grupos que presionan en direcciones diversas, no individualmente, sino en cuanto a clases.

¿Qué son estas clases? Para decirlo con la máxima simplicidad: son los grupos sociales cuyos miembros adquieren sus medios de subsistencia de la misma manera. En la sociedad feudal, el monarca y los señores feudales conseguían sus medios de vida mediante una u otra forma de tributo (ya fuera por servicios personales o por pagos en especie) que arrancaban a sus siervos, los cuales eran los verdaderos productores de los objetos, que eran en su mayor parte productos de la tierra. Los señores feudales constituían una clase, con unos intereses de clase; todos ellos aspiraban a obtener cuanto fuera posible del trabajo de sus siervos; todos ellos ambicionaban extender sus predios y el número de siervos que trabajaban para ellos. Frente a la clase de los señores, los siervos constituían otra clase, con sus propios intereses como tales. Deseaban guardar de lo que producían una parte para sí mismos y para sus familias, en lugar de cederlo a sus señores; querían la libertad para trabajar para sí mismos; querían liberarse del duro trato que recibían de manos de sus señores, que eran, por añadidura, sus legisladores y sus jueces. “¡Oh, Señor! ¡Yo trabajo tan duro! Yo salgo al amanecer, conduciendo a los bueyes al campo, y enyugándolos al arado. Sea el invierno nunca tan descarnado, jamás osaría quedarme en casa por temor a mi señor; pero cada día debo arar un acre completo o más”. *citado por Eileen Power en *Medieval People*, p.22].

De ahí que en todo país feudal hubiera una lucha constante entre señores y siervos, a veces en formas particulares —grupos de siervos que se enfrentaban con su señor particular— pero que a veces adquirirían una base mucho más amplia cuando grandes masas de siervos actuaban juntos con objeto de conseguir un mejoramiento general de sus condiciones de vida. Tenemos un

ejemplo de ello en la revuelta de 1381 en Inglaterra encabezada por John Ball y Wat Tyler. El recuento completo de este suceso se encuentra en *Nine Days that Shock England*, de H. Fagan. En Alemania, Rusia y muchos otros países tuvieron lugar sublevaciones análogas de campesinos, mientras que en menor escala las pequeñas luchas parciales no dejaban de producirse.

Además de la obligación de trabajar las tierras de sus señores, había muchas formas de tributo que debían pagarse en especie, y no sólo una parte del producto de sus propias tenencias, sino también productos de la industria artesanal que desarrollaban los siervos y sus familias. Había algunos artesanos especializados, como los fabricantes de armas y de equipos de guerra. Había también mercaderes que compraban los productos sobrantes para intercambiarlos por productos de otras regiones o países. Al incrementarse el comercio, estos mercaderes comenzaron a necesitar más que lo producido por los siervos y no exigido por el consumo de los señores; entonces emprendieron el desarrollo de la producción organizada con vistas al mercado, proveyendo a los siervos de materias primas y comprando luego lo que habían producido. Algunos de los siervos liberados se las arreglaron para instalarse en las ciudades como artesanos libres dedicados a la industria textil, a la producción de objetos metálicos y otros artículos.

Así, en un lento desarrollo que duró centenares de años, creció, en el seno mismo de una economía feudal de producción destinada básicamente al consumo local, una producción que se destinaba al mercado y que estaba en manos de artesanos independientes y de gente que empleaba a trabajadores asalariados. Los artesanos independientes también se convirtieron gradualmente en patronos que empleaban a jornaleros que trabajaban para ellos a cambio de salarios. De esta manera, ya desde el siglo XVI, fue surgiendo una nueva clase, la clase capitalista industrial, junto con su "sombra", la clase de los trabajadores industriales. En el campo, por su parte, las viejas obligaciones feudales habían desaparecido; las prestaciones personales se transformaron en rentas en dinero, los siervos se convirtieron en muchos casos en campesinos libres que trabajaban sus propias tierras, y los terratenientes comenzaron a pagar salarios por la fuerza de trabajo que necesitaban emplear en sus posesiones. De este modo surgieron también el agricultor capitalista y el jornalero del campo que trabaja a cuenta de otro.

El crecimiento de la clase capitalista en la ciudad y en el campo no puso fin de un modo automático a la clase anteriormente dominante de los señores feudales. Por el contrario, la monarquía, la vieja aristocracia feudal y la Iglesia hicieron cuanto pudieron para hacer derivar el nuevo capitalismo en su beneficio propio. Los siervos que habían sido liberados o que se habían escapado a las ciudades se habían librado de la obligación de pagar tributo (en prestaciones personales, en especie o en dinero) a los señores. Pero cuando los descendientes de estos siervos llegaron a ser relativamente ricos, empezaron a darse cuenta de que no eran realmente libres: el rey y la nobleza les hacían pagar impuestos de todas clases, restringían su comercio e impedían el libre desarrollo de sus negocios de manufacturas.

El rey y la vieja nobleza de la tierra podían hacerlo porque controlaban la maquinaria del Estado —las fuerzas armadas, los tribunales y las cárceles— y dictaban así mismo las leyes. Por esta razón, el crecimiento de la clase capitalista significó también el crecimiento de nuevas formas de la lucha de clases. Los capitalistas tuvieron que emprender una lucha entre la monarquía y los señores feudales, lucha que se extendió a lo largo de varios siglos. En algunos países atrasados esta lucha todavía se mantiene, pero en países como Gran Bretaña y Francia, por ejemplo, ha llegado a su término. ¿Cómo ocurrió tal cosa? Por la toma del poder de la clase capitalista de manos de los gobernantes feudales mediante una revolución armada.

En Gran Bretaña, donde se alcanzó este estadio mucho antes que en los demás países, la lucha de la creciente clase capitalista contra los impuestos y las demás restricciones alcanzó su punto culminante a mediados del siglo XVII. Estas restricciones estaban frenando la expansión del modo capitalista de producción. Los capitalistas intentaron apartarlos primero por medios

pacíficos, mediante peticiones al monarca, negándose a pagar los impuestos, y así sucesivamente; pero no se podía ganar ninguna victoria decisiva contra la maquinaria del Estado. Por consiguiente, los capitalistas tuvieron que enfrentar la fuerza a la fuerza, tuvieron que alzar al pueblo contra el rey, contra los impuestos arbitrarios y las restricciones al comercio, y contra los arrestos y las condenas impuestas por los jueces reales contra todo intento de romper las barreras feudales. En otras palabras, los capitalistas tuvieron que organizar una revolución armada, llevar al pueblo a alzarse en armas contra el monarca y las viejas formas de opresión, para vencer a los antiguos dominadores por medios militares. Sólo después de hacer esto les fue posible convertirse en clase dominante, derribar las barreras que se oponían a su desarrollo y establecer las leyes necesarias para éste.

Es totalmente cierto que la revolución capitalista británica se presenta como una lucha contra Carlos I que era un rey despótico e intrigante y de tendencia católica, mientras que Cromwell aparece como un anticatólico altamente respetable, imbuido de nobles ideales en pro de la libertad del pueblo británico. La lucha, en suma, se presenta como si se tratara de una lucha moral y religiosa. El marxismo va más allá de los individuos, y de las banderas bajo las cuales las luchas se llevan a cabo. Ve la esencia de la lucha de este período como el esfuerzo de la pujante clase capitalista por desplazar del poder a la vieja clase feudal dominante. De hecho, se dio un claro viraje: después de aquella revolución, en el segundo estadio de la misma en 1688, la clase capitalista logró una participación creciente en el control del Estado.

En Inglaterra, debido a que la revolución capitalista se produjo en un estadio algo prematuro, la victoria de los capitalistas no fue decisiva ni completa. A consecuencia de ello, pese a que las viejas estructuras feudales se vieron en gran medida destruidas, la clase de los terratenientes (incluyendo a los ricos advenedizos de origen urbano), sobrevivió en gran parte fundiéndose con la clase adinerada para un par de siglos y conservando una participación importante en el control del Estado.

Pero en Francia, donde el proceso se dilató más y donde la revolución capitalista no tuvo lugar hasta el año 1789, los cambios inmediatos tuvieron mayor alcance. Para el marxista, sin embargo, esto no se debió al hecho de que Rousseau y otros escritores hubieran escrito obras en las que proclamaban los derechos del hombre, ni a que las consignas populares durante la revolución fueran Libertad, igualdad, fraternidad. Así como la esencia de la revolución de Cromwell radicaba en la lucha de clases y no en las banderas religiosas, la esencia de la Revolución Francesa consistía en las relaciones de clase y no en los principios abstractos de justicia inscritos en sus proclamas.

Marx dijo de tales períodos: “Así como no podemos juzgar a un individuo sobre la base de la opinión que tiene de sí mismo, tampoco podemos juzgar un período revolucionario a partir de su propia conciencia de sí” (Introducción a la crítica de la economía política, 1857). Lo importante para comprender los períodos revolucionarios es ver las clases que luchan por el poder y la nueva clase que toma el poder de manos de la vieja, aun cuando los dirigentes de la nueva clase, sea consciente o inconscientemente, declaren que luchan por ideas abstractas o por objetivos no ligados directamente con los intereses ni con el poder de clase.

La interpretación marxista de la historia ve en la lucha de clases la principal fuerza impulsora del desarrollo de la sociedad humana. Pero la división de la sociedad en clases y el ascenso de nuevas clases dependen del grado de desarrollo de las fuerzas productivas usadas por el hombre para producir lo que necesita para la vida. El descubrimiento de la maquinaria movida por energía mecánica fue un extraordinario adelanto para la producción, pero no fue sólo esto. También trajo consigo la destrucción del productor que poseía su propia rueca y su telar, que ya no podía competir con sus rivales que usaban una maquinaria que permitía a un obrero hilar y tejer en un solo día más cantidad que la que podía producir un artesano en una semana entera. De esta manera, el productor individual, que poseía y utilizaba sus propios instrumentos de

producción, cedió su lugar a dos clases: la clase de los capitalistas que poseía la nueva maquinaria mecanizada, pero que no la trabajaba, y la clase que no poseía medios de producción, pero trabajaba a cambio de un salario, para los propietarios.

Este cambio advino inconscientemente, sin que fuera planeado por alguien: fue el resultado directo de los nuevos conocimientos adquiridos por unas pocas personas que los aplicaron a la producción en beneficio propio y sin prever ni desear las consecuencias sociales que habrían de derivarse de ellos. Marx sostuvo que esto mismo había ocurrido en todas las transformaciones que en épocas anteriores había sufrido la sociedad humana: el hombre iba ampliando firmemente sus conocimientos y aplicándolos a la esfera productiva, provocando así profundos cambios sociales. Estos cambios sociales dieron lugar a conflictos de clases, que adoptaron la forma de conflictos en torno a ideas e instituciones —la religión, el parlamento, la justicia, etc.— porque las ideas y las instituciones establecidas habían surgido sobre la base del viejo modo de producción y las viejas relaciones de clase.

Tomemos como ejemplo la institución de los estates (feudos). Estos, en Inglaterra, solían ser los Lords Spiritual, Lords Temporal y los Commons. Cada estate tiene representación separada en los parlamentos tempranos. Aunque estos todavía sobreviven en la división formal entre la Casa de los Lores (House of Lords) y la Casa de los Comunes (House of Commons), los estates han perdido todo significado con la desaparición del feudalismo y la nueva división de la sociedad en capitalistas y trabajadores. En Francia no hay un solo rastro de la vieja división en estates, y en la América Blanca (White America) nunca se escuchó acerca de tales estates porque en el tiempo en que apenas comenzaban a crecer los Estados Unidos, el feudalismo se acercaba a su fin.

¿Qué es lo que dio origen a tales ideas e instituciones, y qué es lo que puso término a ellas?

Marx señaló que en todas partes y en todas las épocas las ideas y las instituciones se originaban a partir de la práctica de los seres humanos. Lo primero era la producción de los medios de vida: alimentos, vestidos y viviendas. En todo grupo social a lo largo de la historia — la tribu primitiva, la sociedad esclavista, la sociedad feudal y la sociedad capitalista moderna—, las relaciones entre los miembros de la sociedad dependían de las formas de producción. Las instituciones no eran planeadas por anticipado, sino que se desarrollaban a partir de lo que constituía el conjunto de hábitos de cada grupo. Las instituciones, las leyes, los preceptos morales y muchas otras ideas eran meras cristalizaciones de las costumbres, y estas estaban directamente ligadas al modo de producción.

De ahí se sigue que cuando cambiaban las formas de producción —por ejemplo, del feudalismo al capitalismo—, las instituciones e ideas cambiaran a su vez. Lo que en uno de los estadios históricos era moral, podía convertirse en inmoral en otro estadio, y viceversa. Y, naturalmente, en los períodos en que los cambios materiales —es decir, los cambios en los modos de producción— se estaban desarrollando, había siempre un conflicto de ideas y un desafío a las instituciones vigentes.

Con el crecimiento de la producción capitalista y su choque con el feudalismo, se enfrentaron ideas contrapuestas: frente al derecho divino triunfaban las ideas de representatividad política, libertad de comercio y renovación religiosa en nuevas concepciones que reivindicaban mayores derechos para el individuo y una limitación del control centralizado. Pero lo que aparentaba ser una lucha a muerte de seres humanos libres a favor de derechos abstractos y de manifestaciones religiosas, era de hecho la lucha entre el capitalismo ascendente y el decrepito feudalismo; el conflicto de ideas era secundario.

Es debido a esto que los marxistas no establecen principios abstractos para organizar la sociedad, como los escritores de utopías. El marxismo considera que los principios que han ido apareciendo en el pensamiento humano reflejan simplemente la organización efectiva de la sociedad en un lugar y un tiempo determinados, de tal modo que no pueden tener una validez universal ni en el tiempo ni en el espacio. Además, ciertas ideas que parecen ser universales —

como la idea de la igualdad entre los hombres— no significan de hecho lo mismo en estadios diversos de la evolución de la sociedad. En las ciudades-estado griegas, la idea de igualdad de derechos entre los hombres no aplicaba a los esclavos; el lema de Libertad, igualdad, fraternidad de la gran Revolución Francesa significaba la libertad de la pujante clase capitalista para comerciar libremente, la igualdad de esta clase con la de los señores feudales, y la fraternidad en el seno de esta misma clase, es decir, la mutua cooperación para luchar contra las opresiones y restricciones feudales. Ninguna de estas ideas se aplicaba a los esclavos de las colonias francesas, ni siquiera al sector más desheredado de la población de la misma metrópoli, Francia.

Por consiguiente, podemos afirmar que las ideas relacionadas con la organización de la sociedad son, por lo general, ideas de clase, las ideas de la clase dominante, que las impone al resto de la sociedad mediante su propiedad sobre los mecanismos de propaganda, su control de la educación y su poder para perseguir y castigar las ideas contrarias por medio de los tribunales, las leyes, las destituciones y otras medidas similares. Esto no significa que la clase dominante se haga la siguiente reflexión: “He aquí una idea que desde luego no es cierta, pero obligaremos a la gente a creerla o, por lo menos, a no rechazarla en público”. Por el contrario, la clase dominante no acostumbra a inventar tales ideas. Las ideas brotan de la vida misma; el poder efectivo del señor feudal o del rico industrial que ha sido ennoblecido es la base material para la idea de que los “nobles” o los “próceres” son superiores a la demás gente. Ahora bien, una vez que la idea ha aparecido y se ha afincado, la clase dominante siente la importancia de que todo mundo la acepte, ya que si la gente no la acepta no obrará de acuerdo con ella y pondrá en duda, por ejemplo, el derecho divino del monarca (hasta llegar en ocasiones al extremo de cortarle la cabeza). Así pues, las clases dominantes en cualquier época y en cualquier país —y no sólo en los Estados Unidos o en Japón hacen lo que pueden para impedir que se extiendan las “ideas peligrosas”. Pero uno puede preguntarse cómo pueden surgir “ideas peligrosas” si las ideas son secundarias, si lo primordial es siempre el cambio material en las condiciones de la producción; cómo pueden los hombres, en suma, pensar en un nuevo modo de producción antes de que nazca. La respuesta es que no pueden pensar en él antes de que hayan aparecido las condiciones para su existencia. Pero en cuanto estas condiciones han aparecido, son llevados a pensar en él por el conflicto mismo que enfrentan las nuevas fuerzas productivas con las viejas condiciones imperantes.

Así, por ejemplo, a causa del crecimiento de la producción mediante el trabajo asalariado y de la necesidad de vender los productos para realizar las ganancias, los primeros capitalistas se vieron movidos a oponerse fuertemente a las restricciones feudales que pesaban sobre el comercio. De ahí surgió la idea de liberarse de las restricciones, de participar en el establecimiento de impuestos, etcétera. La sociedad capitalista no existía aún, pero ya habían aparecido las condiciones para ella, y de estas condiciones brotaron las ideas capitalistas. Ocurre lo mismo con las ideas socialistas. Las ideas del socialismo científico, en oposición a las del utópico, sólo pudieron surgir cuando las condiciones para una sociedad socialista se hubieron desarrollado —cuando la producción a gran escala se hubo extendido, y cuando se hizo claro, a través de las crisis cíclicas de sobreproducción, que el capitalismo frenaba el progreso social.

Aunque las ideas pueden surgir sólo a partir de condiciones materiales, en cuanto han surgido ejercen una influencia sobre las acciones de los hombres y, por consiguiente, sobre el curso de los acontecimientos. Las ideas basadas en el viejo sistema de producción son conservadoras y reprimen las acciones de los hombres; y ésta es la razón por la cual las clases dominantes en cualquier época hacen cuanto pueden para extender dichas ideas. En cambio, las ideas basadas en las nuevas condiciones de producción son progresivas, estimulan la acción para promover el cambio hacia el nuevo sistema; por esto, las clases dominantes las juzgan peligrosas. De ahí que la idea de que es malo un sistema social que destruye alimentos para mantener los precios altos en unos momentos en que grandes masas están medio muriéndose de hambre sea claramente una idea “peligrosa”, puesto que sugiere otro sistema en el cual la producción se orienta hacia

el uso y no hacia las ganancias, y esto, a su vez, impulsa la organización de partidos socialistas y comunistas que empiezan a trabajar para instaurar el nuevo sistema.

La concepción marxista del cambio social (conocida como materialismo histórico), no es, pues, un determinismo histórico —es decir, no defiende que las acciones humanas están absolutamente determinadas por el mundo material que rodea al hombre. Por el contrario, las acciones de los hombres y los cambios materiales aportados por estas acciones son el resultado en parte del mundo material ajeno a él y en parte de su propio saber y su propia habilidad para dominar el mundo material. Pero este saber sólo llega a adquirirlo a través de la experiencia de las cosas naturales que, por así decirlo, son anteriores al hombre. Su experiencia del mundo natural, por lo demás, no le llega por una vía especulativa, mientras está meditando en un sillón, sino en el curso de la actividad productiva que desarrolla para satisfacer sus necesidades vitales. Y a medida que crecen sus conocimientos, a medida que inventa nuevos métodos de producción y los pone en funcionamiento, las viejas formas de la organización social se van convirtiendo en una barrera que obstaculiza la plena utilización de los métodos recién inventados. La clase explotada toma conciencia de ello a través de su propia práctica; primero lucha contra prejuicios particulares, contra obstáculos particulares engendrados por el viejo sistema de organización social. Pero, inevitablemente, se ve arrastrada a una lucha general contra la clase que está en el poder con el fin de transformar el sistema entero.

Durante cierto tiempo, el proceso global por el cual se desarrollan las nuevas fuerzas productivas a partir del mismo sistema es inconsciente y no está planeado, y lo mismo ocurre con las viejas formas de organización social que preservan el viejo sistema. Pero siempre se alcanza un nivel en el que las viejas relaciones de clase aparecen como el obstáculo que impide la plena utilización de las nuevas fuerzas productivas: es en este momento cuando entra en escena la acción consciente de “la clase que tiene el futuro en sus manos”. A partir de entonces, el proceso de desarrollo de las fuerzas productivas deja de ser necesariamente inconsciente y sin plan. El hombre ha acumulado la suficiente experiencia y el suficiente conocimiento acerca de las leyes del cambio social que le han de permitir pasar al próximo estadio de una manera consciente y planeada y establecer una sociedad en la cual la producción sea una actividad planificada y dirigida hacia unos fines voluntariamente elegidos por la sociedad misma. Engels dice de este estadio:

“Las fuerzas objetivas y externas que han dominado la historia hasta entonces pasarán a ser controladas por los mismos hombres. Sólo desde este momento serán los hombres los creadores, con plena conciencia, de su propia historia” [Emile Burns: Handbook of Marxism, p. 299].

III. La sociedad capitalista

Marx dedicó una gran parte de su vida al estudio del capitalismo, es decir, el modo de producción que había sucedido al feudalismo en Gran Bretaña y que se estaba estableciendo en el mundo entero durante el siglo pasado. El propósito de su estudio era descubrir la ley de movimiento de la sociedad capitalista. El capitalismo no había existido siempre, sino que había crecido gradualmente; no era igual en los tiempos de Marx que en la época de la Revolución Industrial británica a finales del siglo XVIII. El problema no consistía en hacer una mera descripción del modo de producción capitalista de su tiempo, sino en analizar por qué cambiaba y en qué dirección lo hacía. Un tal enfoque de la cuestión era nuevo. Otros autores que habían escrito sobre economía tomaban el capitalismo tal cual era y lo describían como si se tratara de un sistema eterno y fijado de una vez para siempre. Para Marx, en cambio, este modo de producción, como todos los demás en la historia, estaba en proceso de transformación. El resultado de su investigación fue, por consiguiente, no sólo una descripción, sino también una previsión científica, ya que permitía ver en qué sentido se estaba desarrollando de hecho el capitalismo.

El modo feudal de producción cedió su lugar, paulatinamente, a la producción con miras a la ganancia, que constituye el rasgo característico del capitalismo. La producción dirigida a la ganancia requería dos condiciones: la existencia de personas con recursos suficientes para adquirir medios de producción (telares, máquinas de hilar, etc.), y la de otras desprovistas de medios de producción y de cualquier recurso con cuya utilización pudieran vivir. En otras palabras, tenía que haber capitalistas que poseyeran los medios de producción, y trabajadores cuya única oportunidad de ganarse la vida consistiera en trabajar con las máquinas que estaban en manos de los capitalistas.

Los obreros producían objetos no directamente para sí mismos ni para el uso personal de su nuevo "señor", el capitalista, sino para ser vendidos por éste por dinero. Los obreros producían, pues, mercancías. El trabajador recibía el salario y el burgués recibía la ganancia. La ganancia es la cantidad que le quedaba al capitalista del precio que pagaba el consumidor por el artículo después de descontar el importe de los salarios y de las materias primas y otros costos de producción.

¿Cuál era el origen de esta ganancia? Marx señaló que no podía provenir del hecho de que los capitalistas vendieran el producto por encima de su valor; tal cosa significaría que cada uno de los capitalistas estaría estafando a los demás, y que allí donde uno cualquiera efectuara una ganancia de esta clase, algún otro sufriría necesariamente una pérdida, de tal manera que las pérdidas y las ganancias se equilibrarían entre sí sin dejar un margen de ganancia general. De esto se seguía que el valor de un artículo en el mercado debe contener ya la ganancia, es decir, que la ganancia ha de surgir en el curso de la producción y no durante la venta del artículo.

La investigación debe llevar, pues, a un examen del proceso productivo para ver si hay en éste algún factor que dé lugar a un valor que supere los costos (en otras palabras, que supere su valor propio).

En primer lugar, hay que preguntar qué es lo que se entiende por valor. En el lenguaje ordinario, valor puede tener dos significados completamente diversos. Puede significar la capacidad de ser usado por alguien (un hombre sediento "valora" una bebida, una cosa puede tener un "valor sentimental" para alguien). Pero hay otro significado corriente de la palabra: el valor que tiene una cosa cuando es vendida en el mercado por un vendedor cualquiera a un comprador cualquiera. Es lo que se denomina valor de cambio.

Es cierto que incluso en un sistema capitalista puede producirse alguna cosa especialmente para un determinado comprador, y puede llegarse a un arreglo especial en cuanto al precio; pero lo que Marx estaba estudiando era la producción capitalista normal, es decir, el sistema bajo el cual se producen millones de toneladas de productos de todas clases para el mercado en general, para cualquier comprador que se presente. ¿Qué es lo que determina el valor de cambio normal de los productos en el mercado? ¿Por qué, por ejemplo, un metro de tela tiene más valor que un alfiler?

El valor de cambio se mide en términos de dinero; un determinado artículo “vale” una cantidad determinada de dinero. Pero, ¿qué es lo que hace posible que puedan compararse las cosas unas con otras en cuanto al valor, ya sea mediante el dinero o mediante el trueque directo? Marx advirtió que las cosas sólo pueden compararse en estos términos si tienen algo en común que permita la comparación, de modo que unas cosas tengan más y otras, menos. Este factor común no es, evidentemente, ni el peso, ni el color, ni ninguna otra propiedad física; no es tampoco el valor de uso para la vida humana (los alimentos, que son necesarios, tienen un valor de cambio menor que los automóviles), ni ninguna otra abstracción. Sólo hay un factor común a todos los productos: que son producidos por el trabajo humano. Una cosa tiene valor de cambio si ha requerido más trabajo humano para ser producida; el valor de cambio viene determinado por el tiempo de trabajo empleado para cada artículo.

Desde luego, no se trata del tiempo de trabajo individual. Cuando las cosas se compran y se venden en un mercado general, el valor de cambio de cada una de ellas es cotejado con los demás, resultando un término medio; en definitiva, el valor de cambio de un metro cualquiera de tela de un determinado peso y calidad queda determinado por el tiempo de trabajo socialmente necesario requerido para su producción.

Si ésta es la base general del valor de cambio de los objetos producidos bajo el capitalismo, ¿qué es lo que determina el monto de los salarios pagados a los que producen tales objetos, los obreros? Marx planteó la cuestión de la misma manera: ¿Cuál es el factor común que bajo el capitalismo tienen los objetos producidos y la fuerza de trabajo, la cual se nos presenta también en el mercado como un valor de cambio más? No es otro que el factor que, según hemos visto ya, determina el valor de cambio de los productos corrientes: el tiempo de trabajo requerido para producirla. ¿Qué quiere decir tiempo de trabajo empleado para producir la fuerza de trabajo? Es el tiempo (el tiempo medio socialmente necesario) empleado para producir alimentos, el abrigo, el calor, y todo lo que contribuye, semana tras semana, a mantener en vida y en disposición de trabajar al trabajador. En una sociedad capitalista normal, las cosas necesarias para la subsistencia de la familia del obrero también deben ser tenidas en cuenta. El tiempo necesario para producir todo esto determina el valor de cambio de la fuerza de trabajo del obrero, que él vende al capitalista a cambio de un salario.

Pero mientras que en la sociedad capitalista moderna el tiempo empleado en el mantenimiento de la fuerza de trabajo del obrero puede ser sólo de cuatro horas al día, su fuerza de trabajo dura —por ejemplo— ocho, diez, o más horas al día. Durante las cuatro primeras horas, por consiguiente, su trabajo produce un valor equivalente a lo que se le paga en concepto de salario; durante las restantes horas de su jornada de trabajo, en cambio, produce una plusvalía de la que se apropia su patrono. Ésta es la fuente de la ganancia capitalista: el valor que el obrero produce más allá del valor de su propio mantenimiento.

Este breve resumen del análisis de Marx sobre el valor y la plusvalía necesitaría ser desarrollado con mayor exactitud en muchos aspectos, y no tenemos lugar para rellenar todos los huecos. Pero pueden indicarse algunos puntos generales.

Se ha empleado el término de valor de cambio porque constituye la base de todo el análisis. Pero, en la vida real, pocas veces se venden las mercancías a su valor exacto. Ya se trate de productos materiales o de fuerza de trabajo humana, en el mercado se compran y se venden a

un determinado precio, que puede estar por encima o por debajo de su valor de cambio preciso. Si hay en el mercado un exceso de un determinado producto, su precio puede bajar muy por debajo de su valor de cambio; si hay escasez, por el contrario, el precio puede rebasar su valor. Estas fluctuaciones de los precios son influidas por la oferta y la demanda. Este hecho llevó a muchos economistas burgueses a pensar que la oferta y la demanda sólo dan lugar a fluctuaciones en torno a un nivel determinado. La cuantía de este nivel, si es de un céntimo o de cien dólares, evidentemente no viene determinada por la oferta y la demanda, sino por el tiempo de trabajo empleado en producir la mercancía.

El precio efectivo de la fuerza de trabajo —es decir, los salarios efectivamente pagados— viene también influido por la oferta y la demanda; pero también recibe otras influencias, en particular la fuerza de las organizaciones sindicales de la clase obrera. No obstante, el precio de la fuerza de trabajo en una sociedad capitalista corriente siempre fluctúa en torno a un nivel definido, el equivalente al sostenimiento del obrero, teniendo en cuenta que los diversos grupos y categorías de trabajadores tienen necesidades diversas, las cuales, a su vez, son en gran medida el resultado de anteriores luchas sindicales que han fijado una norma de salarios que está por encima del nivel salarial mínimo necesario para la mera subsistencia.

La fuerza de trabajo de las diferentes categorías profesionales de trabajadores, naturalmente, no tiene el mismo valor; el trabajo de una hora de un técnico adiestrado produce más valor que el trabajo de una hora de un trabajador no cualificado. Marx mostró cómo tales diferencias se tenían de hecho en cuenta cuando los artículos llegaban al mercado para la venta. Estas diferencias implicaban una relación definida entre el valor producido en un mismo lapso de tiempo por un trabajador cualificado y otro no cualificado.

¿Cómo llega a producirse esta diferencia en el valor? Marx responde: no sobre el principio de que la habilidad es éticamente superior a la falta de habilidad, ni sobre ninguna otra noción abstracta. El hecho de que la fuerza de trabajo de un trabajador adiestrado tenga más valor que la de un peón se debe exactamente a la misma causa que hace que un barco de vapor sea más caro que una barca de remos, a saber: que ha requerido mayor cantidad de trabajo humano para su puesta a punto. Todo el proceso de adiestramiento del trabajador cualificado, además del nivel de vida más alto que es esencial para el mantenimiento de su habilidad, implica la inversión de más tiempo de trabajo.

Otro punto que debe advertirse es que si la intensidad de trabajo es incrementada más allá de su media anterior, esto equivale a un tiempo de trabajo más largo; ocho horas de trabajo intensificado pueden producir valores equivalentes a diez o doce horas de lo que antes era un trabajo normal.

¿Qué importancia tiene el análisis de Marx para mostrar la fuente de las ganancias? Que da una explicación de la lucha de clases en la sociedad capitalista. En cada fábrica, en cada empresa, los salarios pagados a los obreros son inferiores al valor completo que ellos producen, equivalen a su mitad, aproximadamente, y a veces incluso menos. El valor restante producido por los trabajadores durante una jornada laboral (es decir, después de haber producido la cuantía de su salario), es apropiado sin más por el empresario. El empresario, por consiguiente, se esfuerza constantemente por aumentar la cantidad que arranca del trabajador. Esto puede hacerlo de diversas maneras: reduciendo, por ejemplo, los salarios de los trabajadores. Esto significa que el obrero trabaja entonces una proporción menor de la jornada para sí mismo y una proporción mayor para el patrón. El mismo resultado se obtiene mediante la intensificación del trabajo o aumento de la productividad: el obrero produce en tal caso el valor de su mantenimiento en una proporción menor de su jornada de trabajo, de modo que trabaja proporcionalmente más para su dueño que antes. Se consiguen análogos resultados alargando la jornada laboral, con lo cual se aumenta la proporción de la jornada empleada en trabajar para beneficio del patrono.

Frente a tales procedimientos, los trabajadores luchan para mejorar su posición exigiendo salarios más elevados, jornadas de menos horas, y resistiendo el aumento en la productividad.

Ésta es la causa de la continua lucha entre los capitalistas y los obreros, que jamás puede terminar mientras subsista el sistema capitalista de producción. Esta lucha, que comienza con el enfrentamiento de trabajadores aislados o de grupos de ellos con sus patronos, se va ensanchando gradualmente. Los sindicatos por un lado y las organizaciones patronales por otro promueven el enfrentamiento de sectores cada vez más amplios de una y otra clase. Por último se constituyen organizaciones políticas obreras que, a medida que se van extendiendo, pueden llegar a conjugar a los trabajadores de todos los ramos y a otros sectores del pueblo para que luchen en contra de la clase capitalista. Estas luchas culminan en la revolución, es decir, el derrocamiento de la clase capitalista y el establecimiento de un nuevo sistema de producción en el que los obreros ya no trabajen una parte del día en beneficio de otra clase. Este punto será tratado con mayor detenimiento en ulteriores capítulos. Lo esencial que debe advertirse es que la lucha de clases bajo el capitalismo se debe al carácter mismo de la producción capitalista: el antagonismo de los intereses de las dos clases, que continuamente chocan en el proceso de producción.

Después de analizar el salario y las ganancias, pasemos ahora al estudio del capital. Primero hay que advertir que la plusvalía creada por el trabajador en el curso de la producción no es enteramente apropiada por su patrono. Es, por decirlo así, un fondo del cual los diferentes grupos capitalistas recogen su correspondiente tajada: el terrateniente toma la renta de la tierra, el banquero toma el interés, el intermediario, su ganancia comercial y el empresario industrial, la parte restante, que es la que constituye su propia ganancia particular. Esto no afecta en modo alguno el anterior análisis; significa solamente que todos estos grupos capitalistas están librando una cierta lucha subsidiaria entre ellos para repartirse los despojos. Pero a todos les une el deseo de sacar la mayor ganancia posible del trabajo de los obreros.

¿Qué es el capital?

Tiene muchas formas físicas: maquinaria, edificios, materias primas, combustibles y otras cosas necesarias para la producción; es también el dinero empleado para pagar los salarios.

Sin embargo, no toda la maquinaria, edificio y demás es capital; ni siquiera lo es una suma cualquiera de dinero. Por ejemplo, un pequeño campesino puede poseer algún tipo de vivienda para vivir en ella, junto con alguna tierra; puede tener ganado y herramientas de alguna clase; puede incluso tener alguna suma de dinero ahorrada. Pero si es su propio patrono y no tiene a ningún jornalero a su servicio, sus propiedades no constituyen de ningún modo un capital.

La propiedad —sea cual sea su forma física— sólo se convierte en capital en el sentido económico del término cuando es usada para producir plusvalía, es decir, cuando se usa para tomar gente a sueldo, gente que trabajará y producirá plusvalía para el propietario del capital.

¿Cuál es el origen del capital?

Si repasamos la historia, veremos que la acumulación primitiva de capital se llevó a cabo mediante la rapiña y la depredación. Los aventureros llevaron a Europa, procedentes de saqueos realizados a América, la India y África, grandes cantidades de capital en forma de oro y de otros artículos costosos. Pero éste no fue el único camino por el cual se constituyó el capital. En Gran Bretaña, una serie de decretos llamados Enclosure Acts (Actas de Encercamiento), cedieron las tierras comunes a los terratenientes capitalistas. De esta manera, privaron a los campesinos de sus medios de vida y los convirtieron en proletarios, o sea, en trabajadores que no tenían más remedio que trabajar en las tierras de los demás o buscar a cualquier otro empresario capitalista.

Marx muestra que éste es el origen real del capital (la acumulación primitiva) y ridiculiza la leyenda según la cual los burgueses, en sus orígenes eran gente abstemia que acumulaba dinero ahorrando de sus menguados ingresos:

“Esta acumulación primitiva desempeña en la economía política un papel análogo al del pecado original de la teología *...+ En épocas ya remotas, había dos clases de gentes: unos constituían la élite diligente, inteligente y, sobre todo, frugal; los demás eran sinvergüenzas perezosos que despilfarraban sus medios, y aun más, en una vida licenciosa *...+ Así que los primeros acumularon riquezas, mientras que los segundos, al fin no tuvieron otra cosa que vender más que su propia piel. Y mediante este pecado original se explica la pobreza de la gran mayoría de hombres que, pese a todos sus esfuerzos, no tienen por ahora otra cosa que vender más que a sí mismos, y la riqueza de unos pocos, que sigue incrementándose constantemente aunque desde hace tiempo hayan dejado de trabajar” (El Capital, v. I, Cap. XXVI).

Sin embargo, el capital no permanece al nivel de la acumulación primitiva, sino que se ha incrementado a unas tasas extraordinarias. Aun cuando el capital originario fuera el producto del robo directo y abierto, ¿cuál es la fuente del capital adicional que se ha ido acumulando desde entonces? El robo indirecto, dice Marx, haciendo trabajar al obrero más horas de las necesarias para su sustento y apropiándose del valor de lo que produce en estas horas extras de trabajo (la plusvalía). El capitalista dedica una parte de esta plusvalía para su propio mantenimiento; el resto se emplea como capital adicional, se añade al capital anterior y de este modo permite emplear a un número mayor de trabajadores y sacar así una cantidad de plusvalía mayor en el ciclo siguiente de la producción, lo cual significa a su vez más capital —y así ad infinitum.

Mejor dicho, seguiría hasta el infinito si no entraran en acción otras leyes económicas y sociales. A la larga, el obstáculo más importante es la lucha de clases, que de vez en cuando obstaculiza todo el proceso y eventualmente lo paraliza destruyendo todo el sistema capitalista. Pero hay muchos otros obstáculos que brotan del sistema mismo y que se oponen a un desarrollo sin trabas del proceso de producción capitalista.

Las crisis económicas detienen la expansión del capital e incluso conducen a la destrucción de parte del capital acumulado en años anteriores. “En estas crisis —dice Marx (*Manifiesto Comunista*, 1848)— estallan unas epidemias que en cualquier época histórica anterior hubieran parecido absurdas: las epidemias de la sobreproducción”. En la sociedad feudal, una cosecha abundante de trigo hubiera significado más comida para todo el mundo; en la sociedad capitalista puede significar el hambre para los trabajadores, que se ven despedidos de sus empleos porque el trigo no puede venderse. Al año siguiente, por otra parte, se sembrará menos trigo.

Los caracteres de las crisis capitalistas fueron muy visibles en los años comprendidos entre las dos guerras mundiales: aparece la sobreproducción, por lo cual las nuevas inversiones disminuyen y los obreros empiezan a quedarse sin empleo. Su desempleo trae consigo una disminución aún mayor de la demanda, y muchas fábricas restringen su producción. No sólo no se crean nuevas industrias, sino que incluso se destruyen algunas de las existentes. Se destruyen también el trigo y otros productos, pese a que los parados (desempleados) y sus familias sufren hambre y enfermedades. Es un mundo de locura. Por fin, las existencias se agotan o son destruidas, la producción reemprende, el comercio se desarrolla y aumenta el empleo, de modo que durante un año o dos hay una sólida recuperación que parece augurar una expansión ilimitada de la producción; hasta que, de repente, reaparece la sobreproducción y las crisis, y todo el proceso se repite.

¿Cuál es la causa de estas crisis? Marx responde: Es una ley de la producción capitalista que toda masa de capital se esfuerza por expansionarse, por lograr mayores ganancias y por producir y vender más productos. Cuanto más capital, mayor producción. Pero al mismo tiempo, cuanto

más capital, menor fuerza de trabajo es necesaria: la maquinaria toma el lugar del hombre (es lo que llamamos la racionalización de la industria). En otras palabras, cuanto más capital, más producción y menos salarios y, por consiguiente, menor demanda para los productos fabricados. Hay que dejar sentado que no es preciso que se dé una caída absoluta de la cuantía total de salarios. Generalmente, las crisis tienen lugar por una caída relativa: la cuantía total de salarios puede aumentar, pero su aumento es menor que el de la producción total, de modo que la demanda resultante queda por debajo.

Esta desproporción entre la expansión del capital y el estancamiento relativo de la demanda de los trabajadores es la causa última de la crisis. Ahora bien, está claro que el momento en que la crisis se manifiesta y la forma particular en que se desarrolla puede depender de factores muy distintos. Para tomar un ejemplo de los Estados Unidos, a partir de 1950, una gran producción de armamentos (que es una “demanda” del gobierno y, por lo tanto, queda al margen del proceso capitalista normal), pudo ocultar parcialmente durante un tiempo el hecho de que se estaban desarrollando unas condiciones de crisis. Otros factores pueden producir el mismo efecto como, por ejemplo, la compra por parte del gobierno de los excedentes agrícolas o una gran expansión del crédito para el consumo —compras a plazos. Pero ninguno de estos factores altera el desnivel existente entre la producción y el consumo; se limitan a diferir la crisis. Hay otro importantísimo factor en el desarrollo del capitalismo: la competencia. Como todos los demás elementos del sistema capitalista, la competencia tiene efectos contradictorios. Por un lado, a consecuencia de la competencia para lograr mayores ventas de productos, cada empresa capitalista intenta constantemente reducir los costos de producción, especialmente ahorrando jornales, ya sea mediante reducciones de la cuantía de los salarios o mediante procedimientos de intensificación de la producción (mecanización y automatización). Por otro lado, las empresas que consiguen reunir bastante capital para mejorar su técnica y producir con menos trabajo, contribuyen con ello a reducir la demanda al disminuir la suma total de los salarios pagados.

No obstante, la empresa que mejora su técnica recibe durante un tiempo una tasa de ganancia más alta, hasta que sus competidores siguen su misma pauta y producen con menos gastos. Pero no todos los competidores pueden seguir la pauta. A medida que el tamaño medio de las empresas se va ensanchando, las sumas de capital necesarias para modernizar las plantas aumentan, y disminuye el número de las empresas capaces de seguir el ritmo de crecimiento. Las que no son capaces de hacerlo desaparecen; se declaran en banca rota y son absorbidas por sus competidores más poderosos, o bien se cierran definitivamente: el pez grande se come al pequeño. De este modo, en cada ramo de la industria se reduce fuertemente el número de empresas, y aparecen los grandes trusts (monopolios) que dominan en mayor o menor grado un sector particular de la industria. La competencia capitalista engendra, pues, su contrario: el monopolio capitalista. Este hecho da lugar a nuevos rasgos, que se analizan en el capítulo siguiente.

IV. El estadio imperialista del capitalismo

En su significado corriente, el término imperialismo designa una política de expansión y de conquista de regiones o países menos desarrollados, para formar un imperio. En la medida en que una tal política es algo más que un deseo abstracto de ver flotar la bandera nacional sobre la mayor extensión posible de territorios, se reconoce que hay razones económicas en la política de expansión. Se dice, por ejemplo, que su motivo es, a veces, la necesidad de mercados, de materias primas y alimentos o de tierra para aquellos países superpoblados que necesitan una salida para su exceso de población.

Sin embargo, los países extranjeros pueden constituir perfectamente un buen mercado. Las materias primas y los productos alimenticios pueden obtenerse también del extranjero. En cuanto al establecimiento en nuevas tierras, sólo las condiciones creadas por el capitalismo empujan a grandes masas de gente a salir de sus países para ganarse la vida en otras partes. ¿Cuáles son, pues, las causas efectivas de la expansión imperialista?

El primer análisis marxista del imperialismo moderno fue elaborado por Lenin. Este señaló que uno de sus rasgos peculiares era la exportación de capitales, a diferencia de la exportación de mercancías ordinarias, y mostró que esto era el resultado de ciertos cambios que se habían producido en el seno del propio capitalismo. Así pues, definió el imperialismo como estadio particular del capitalismo, a saber, el estadio en el cual se han desarrollado en mayor escala los monopolios en los países capitalistas más importantes.

En los primeros tiempos del capitalismo industrial, las fábricas, las minas y las demás empresas eran pequeñas. Por lo general, sus propietarios eran un grupo familiar o un pequeño grupo de socios que por sí solos podían aportar la suma relativamente pequeña de capital requerida para instalar una fábrica o abrir una mina. Cada innovación técnica, sin embargo, hacía necesario más capital. Mientras tanto, el mercado de productos industriales se hallaba en constante expansión, a expensas de la producción artesanal, primero en Gran Bretaña y luego en otros países. El tamaño de las empresas, por consiguiente, creció rápidamente. La invención del ferrocarril y la del barco de vapor hicieron que se desarrollara la industria del hierro, y más tarde la del acero, las cuales exigieron plantas industriales cada vez mayores. En cualquier ramo, una empresa grande resultaba más económica y tendía a dar más ganancias y a expandirse más rápidamente. Muchas de las empresas más pequeñas no podían competir y se veían obligadas a cerrar o a ser absorbidas por sus rivales más poderosas.

En resolución, se producía constantemente un doble proceso: la producción tendía a concentrarse más y más en grandes empresas y la proporción de la producción controlada por un reducido número de personas muy ricas iba en aumento.

Marx era bien consciente del proceso, que se estaba desarrollando ya incluso en sus días, y llamó la atención sobre la creciente concentración técnica —es decir, la concentración de la producción en grandes unidades— y sobre la concentración del capital en manos o bajo el control de un grupo cada vez más exiguo de individuos. Vio que el resultado inevitable de este proceso sería la sustitución de la libre competencia por el monopolio, y que esto llevaría a una exacerbación de las dificultades inherentes al sistema capitalista.

A principios de este siglo, algunos economistas (en particular el inglés J. A. Hobson) habían advertido ya el alto grado de monopolio alcanzado por algunas industrias. En 1916, durante la Primera Guerra Mundial, Lenin —en su obra *El imperialismo, fase superior del capitalismo*— reunió toda la información asequible acerca del crecimiento de los monopolios y dirigió su atención tanto hacia los rasgos políticos y sociales del imperialismo como a sus características

puramente económicas. Sobre la base del desarrollo producido después de la muerte de Marx, pudo desplegar y ampliar las conclusiones alcanzadas por éste. Lenin mostró que el estadio capitalista del imperialismo que, según él, se había desarrollado en torno al 1900, se caracterizaba por cinco puntos:

- 1) La concentración de la producción y del capital se había desarrollado hasta tal extremo que había dado origen a monopolios que desempeñaban un papel importante en la vida económica.

Esto había ocurrido en todos los países capitalistas avanzados, pero particularmente en Alemania y los Estados Unidos. El proceso, naturalmente, ha continuado produciéndose a un ritmo creciente; en Gran Bretaña, compañías como la Imperial Chemical Industries, con ganancias netas de 458 millones de libras esterlinas en 1955, y la Unilever, con 415 millones de libras en el mismo año, constituyen ejemplos destacables.¹ En casi todos los ramos, una porción importante del comercio total está en manos de unas escasas compañías que habitualmente están unidas por pactos para fijar los precios, las condiciones de venta, etc., y ejercen, de hecho, un monopolio conjunto.

- 2) El capital bancario se había fusionado con el capital industrial, dando lugar a una oligarquía financiera que dominaba virtualmente cada país capitalista.

Este punto requiere alguna explicación. En los primeros tiempos, los capitalistas industriales eran distintos de los banqueros, los cuales no tenían intereses directos —o tenían muy pocos— en las empresas industriales, aunque no dejaban de prestarles dinero y de participar, por ende, en las ganancias bajo la forma de intereses. Pero al crecer las industrias y generalizarse el establecimiento de “compañías por acciones”, los propietarios de bancos comenzaron a comprar acciones de las compañías industriales, mientras que los más ricos entre los empresarios de la industria compraban acciones de los bancos. De este modo, los capitalistas más ricos, independientemente de si procedían de la banca o de la industria, se convertían en grandes financieros. Esta combinación de funciones en un único grupo aumentó enormemente su poder. (En Gran Bretaña, particularmente, los grandes terratenientes se fusionaron también con ese grupo). La banca, en coordinación con grandes empresas industriales con las que estaba ligada de esa manera, podía ayudar a estas empresas prestándoles dinero o haciendo créditos a otras compañías bajo la condición de que debían revertir en inversiones que interesaran al prestamista. Por esta vía, la oligarquía financiera pudo incrementar rápidamente su riqueza y su control monopólico sobre los diversos sectores industriales, uno tras otro; y no es preciso decir que su voz tuvo cada vez mayor audiencia ante los órganos del Estado.

La mejor prueba de la fusión de los bancos con la industria es el creciente número de cargos directivos de empresas industriales detentados por directores de bancos. Naturalmente, esto no significa que los bancos sean los propietarios de las demás empresas; significa tan sólo que las figuras importantes del mundo de la banca son también las figuras importantes de la industria y el comercio, y que forman el mismo y único grupo de los multimillonarios cuyo dinero circula por todo el ámbito de la economía del país. En 1870, los directores de los bancos británicos, que más tarde se convirtieron en los “Cinco Grandes” del Banco de Inglaterra, detentaban otros 157 puestos de dirección. En 1913, detentaban 329, y en 1939, eran ya 1,150 los puestos que detentaban. La importancia de estas cifras se acentúa cuando se tiene en cuenta que la cifra correspondiente a 1939 incluye empresas del tenor de

¹ Según la revista Fortune (julio, 1965), las dos corporaciones industriales más poderosas de los Estados Unidos son la Standard Oil, de Nueva Jersey, con ganancias de 12 billones y medio de dólares, y la General Motors, con ganancias de 11.2 billones a finales de 1964. (N. del Ed.)

Unilever y I.C.I., las cuales habían absorbido ya a un gran número de otras empresas menores.²

3) La exportación de capital, distinta de la exportación de mercancías, tomó mayor importancia.

En el primer período del capitalismo, Gran Bretaña exportaba textiles y otros productos manufacturados a otros países, a los cuales compraba a cambio productos locales. De hecho, eso equivalía a un intercambio entre los productos de las fábricas inglesas y las materias primas y los alimentos necesarios para la marcha de la industria inglesa. Pero en la segunda mitad del siglo pasado, y especialmente en los últimos años, el capital financiero procedió con creciente interés a exportar capital, con el propósito, no de hacer intercambio comercial, sino de sacar ganancias de este capital invertido. Estas exportaciones de capital —que consistían en préstamos a estados o compañías del extranjero o en inversiones para financiar la construcción de líneas férreas, puertos o minas en otros países— se hacían habitualmente bajo la condición de que las compras de material y demás productos necesarios se efectuaran a las compañías industriales británicas con las cuales estaban conectados los bancos.³ De este modo, las dos partes del capital financiero actuaban como una, con lo cual sacaban jugosos beneficios y se libraban de los competidores.

4) Se formaron combinaciones monopolísticas internacionales que se repartieron el mundo.

Esto aconteció en las industrias de acero, del petróleo y muchas otras. Se decidía entre los grupos monopolistas de los distintos países qué parte le correspondía a cada uno del comercio exterior. A menudo se asignaban mercados particulares a cada uno y se acordaban precios fijos. Adelante, se explicarán los límites de tales acuerdos.

5) Quedó virtualmente completada la división territorial del mundo entre las grandes potencias. (En 1876, un 11% del territorio africano pertenecía a las potencias europeas, y en 1900 era ya un 90%).

Lo importante de este hecho es que no podía continuar la anexión fácil y pacífica de países más o menos indefensos. Los grupos financieros de los países más ricos ya no podían aumentar la extensión territorial controlada por ellos, a menos que lo hicieran a expensas de otros países, es decir, sólo podían hacerlo mediante guerras de amplias proporciones que permitieran una redistribución del mundo a favor del Estado o los estados victoriosos.

Tiene especial interés uno de los puntos que destaca Lenin a propósito de esto último. Por lo general se consideraba que el empuje expansivo de los países imperialistas se dirigía únicamente hacia los países coloniales. Lenin señaló que esto no era en absoluto esencial. El deseo de expansión era indiscriminado y, en circunstancias adecuadas, podría dirigirse también contra otros estados industrialmente desarrollados. El expansionismo del capital financiero alemán en el período nazi es un claro ejemplo de ello.

Sobre la base de este análisis, Lenin llegó a la conclusión de que el estadio imperialista del capitalismo traía consigo, inevitablemente, crisis económicas mayores, guerras a escala mundial

² V. R. Hansen, de la sección antitrust (antimonopolista) del Departamento de Justicia de los Estados Unidos, dio en *The Wall Street Journal* del 14 de Nov. de 1956 algunas cifras comparables para los Estados Unidos que indican la extensión de las conexiones que existen entre los bancos y las corporaciones industriales. Según él, a mediados de 1955, cinco bancos de la ciudad de Nueva York estaban estrechamente ligados a los directores de corporaciones cuyos beneficios conjuntos iban, en cada caso, de los 45 a los 70 millones de dólares, y que incluían a la mayor parte de las mayores corporaciones manufactureras del país. (N. del Ed.)

³ El volumen de las inversiones estadounidenses en el extranjero, según un informe oficial del Departamento de Comercio de los Estados Unidos, se elevó de los siete billones de dólares en 1940 a 44.3 billones en 1964. El mayor incremento tuvo lugar después de 1950, en que las inversiones directas en el extranjero totalizaron 11.8 billones de dólares. (N. del Ed.)

y, por otra parte, revoluciones proletarias y la rebelión de los pueblos oprimidos de las colonias y de las zonas semicoloniales contra la explotación imperialista.

La concentración de capital en manos de pequeños grupos significaba también que dichos grupos iban adquiriendo un poder creciente sobre la maquinaria del Estado, de modo que la política de los diversos países se fue asociando de esta manera cada vez más estrecha con los intereses de estas minorías. Esto es lo que permitió a las oligarquías financieras de cada país luchar contra sus rivales extranjeros mediante cupos, aranceles y otras medidas estatales y, en último extremo, mediante la guerra.

¿Por qué es inevitable este conflicto entre grupos rivales? ¿Por qué no pueden llegar a un acuerdo para repartirse el mundo?

Más arriba se señalaba que los grupos monopolistas de los distintos países establecen entre sí acuerdos para repartirse los mercados mundiales. En abstracto, puede parecer que esto ha de llevar a la eliminación completa de la competencia, y a una especie de fusión internacional de intereses de carácter permanente. Pero Lenin adujo una serie de hechos que mostraban cómo tales acuerdos internacionales nunca eran duraderos. Un acuerdo fijado en 1905 distribuiría los mercados en relación con las capacidades productivas del momento de los grupos británico, francés, alemán y norteamericano, pongamos por caso. Sin embargo, el desarrollo desigual es una ley del crecimiento del capital. En el plazo de unos pocos años después de firmado el acuerdo, la capacidad productiva del grupo alemán —o del norteamericano o de cualquier otro—, habría crecido, y este grupo ya no estaría conforme con su anterior asignación. En tal caso, podría poner en entredicho el acuerdo, y si los demás grupos no quisieran acatar inmediatamente su voluntad, comenzaría una nueva y más áspera forma de lucha por los mercados. De hecho, éste es el destino de tales pactos; y como que la ley del desarrollo desigual no sólo se aplica a grupos industriales particulares, sino al capital de los diversos países en conjunto, resulta que los acuerdos económicos sólo son, por así decir, armisticios en el curso de una guerra comercial ininterrumpida entre las oligarquías financieras de los distintos países.

La guerra económica, por sí misma, no puede aportar la solución. Por esta razón, los grupos financieros, a través de la maquinaria estatal de sus respectivos países, erigen barreras aduaneras frente a sus competidores, fijan cupos sobre las importaciones, intentan establecer un trato comercial preferente con algunos países, luchan por extender el ámbito territorial en el cual puedan ejercer sus privilegios monopolísticos, y se arman para una guerra cuya victoria por lo menos les ha de dar una superioridad temporal sobre sus rivales.

Dos guerras mundiales han sido el resultado efectivo de la concentración de riquezas en manos de las oligarquías financieras de los diversos países. Lo que aparentemente no es más que un proceso puramente económico —concentración de la producción y del capital— conduce a la terrible calamidad social que es la guerra.

Los marxistas no tienen una actitud pacifista ante la guerra. El marxismo condena las guerras imperialistas, que se proponen sojuzgar a los pueblos que luchan por su liberación, ya que frenan el progreso de la humanidad. Considera que tales guerras son injustas. En cambio, considera justas las guerras sostenidas por los pueblos frente a la conquista imperialista o por la liberación del dominio de los países imperialistas, así como las guerras civiles que libran los pueblos para poner fin a la explotación. Sólo con la victoria de los pueblos contra los explotadores pueden suprimirse las condiciones que han dado lugar a la guerra, y sólo así puede abolirse, por consiguiente, la guerra misma para siempre.

Cuando el gobierno de un país imperialista está librando una guerra injusta, la clase obrera de este país ha de oponerse a la guerra por todos los medios a su alcance y, si es bastante fuerte, debe derrocar al gobierno y tomar el poder para poner fin a la guerra y emprender la marcha hacia el socialismo. Esta fue la política que siguieron los obreros rusos en 1917.

La competencia entre los grupos imperialistas rivales conduce a un empeoramiento general de las condiciones. La racionalización tecnológica —la introducción de máquinas para ahorrar mano de obra— trae consigo una fuerte intensificación del trabajo y un importante desempleo. Los salarios se ven comprimidos para reducir los costos y para conservar o ampliar los mercados. Las grandes empresas monopolistas reducen los precios de los productos agrícolas. Los servicios sociales son reducidos también con objeto de ahorrar para el armamento y otros preparativos de guerra. Las crisis económicas se hacen más profundas y más prolongadas. Esta fue la experiencia vivida entre las dos guerras mundiales.

Por todas estas razones, la lucha de clases y la de los pueblos coloniales contra los imperialistas se van agudizando. El estadio imperialista del capitalismo no es sólo una época de guerras sino también de revoluciones.

Lenin señaló otro rasgo de esta etapa capitalista en su análisis. Los grupos monopolistas de los países imperialistas pueden sacar beneficios que superen el término medio gracias a la explotación de los pueblos atrasados. Esto se debe en parte al bajo nivel de vida de estos pueblos, en parte a las terribles condiciones a las que son sometidos por unos brutales gobernantes y capitalistas, y en parte también porque los productos industriales pueden intercambiarse con los productos artesanales en proporciones muy desequilibradas. No se trata aquí de dinero, sino de mercancías. Recuérdese que el valor de cambio de cualquier producto es determinado por el trabajo medio socialmente necesario exigido por su fabricación. El tiempo de trabajo socialmente necesario en Inglaterra, pongamos por caso, para producir un metro de tela con la maquinaria adecuada, puede ser tan sólo una décima o una veinteava parte del tiempo requerido para producirlo con un telar manual. Pero cuando la tela fabricada a máquina era introducida en la India, se vendía de acuerdo con el valor de un metro de tela india; en otras palabras, se cambiaba en la India a un precio que estaba muy por encima de su valor en Inglaterra. Las materias primas u otros productos indios obtenidos a cambio iban a Inglaterra, donde eran vendidos. Con esta operación se sacaba una ganancia mucho mayor a que si el metro de tela hubiera sido vendido en Gran Bretaña. Incluso allí donde el tipo de maquinaria es el mismo, distintos niveles de destreza pueden tener como consecuencia la aparición de un beneficio extra. Estos beneficios o ganancias suplementarias se producen en todas las transacciones de esta clase y proporcionan a los grupos financieros unas inmensas fortunas. Fortunas tan enormes como la de Ellerman, estimada en 40 millones de libras esterlinas, y Yule, en 20 millones, provienen en gran medida de esta ganancia extra.⁴

Esta ganancia procedente de la explotación de los pueblos coloniales tiene un significado particular en relación con el movimiento obrero. Marx había señalado ya que la clase de los capitalistas británicos, por haber sido la primera en vender productos manufacturados en el mercado mundial, se había hallado en condiciones de ceder a la presión de la clase obrera británica por mejorar su nivel de vida, en particular las capas más elevadas de obreros cualificados. De este modo, algunos sectores de técnicos y de trabajadores especializados de la industria del algodón habían alcanzado niveles de vida muy superiores a los de los obreros de otros países, y, de acuerdo con esto, tendían a identificar sus intereses con la explotación capitalista de las colonias. Lenin mostró que esto ocurría en todos los países industriales avanzados en cuanto alcanzaban el estadio imperialista, y que algunos sectores de obreros relativamente privilegiados, particularmente los dirigentes de estos sectores, tendían al

⁴ Según estimaciones de Víctor Perlo (*El imperio de la alta finanza*, Nueva York, 1957, p. 256), el 15 % aproximado de las ganancias de todas las corporaciones estadounidenses procedía de inversiones en el extranjero. En las manufacturas y minas (incluido el petróleo) solamente, las cifras superaban el 20%. Las diferencias entre las compañías son considerables. En 1963, según el banquero inversionista Walter P. Stern, de Nueva York (*Financial Analyst Journal*, Ene.-Feb., 1965), algunas de las mayores compañías de los Estados Unidos percibían más de la mitad de sus ganancias de las inversiones en el extranjero: Colgate-Palmolive, 90%; Anaconda, 88%; Woolworth, 75%; American Radiator, 75%; Standard Oil, (N.J.), 65%; Socony Mobil Oil, 59%; Dresser Industries, 54%. (N. del Ed.)

“oportunismo”, es decir, a hacer arreglos con los patronos en provecho exclusivo de estos grupos sin tener en cuenta las condiciones de la mayoría de los trabajadores del país.

Esta tendencia se acentuó a medida que se fue desarrollando el imperialismo, dando lugar a que los grupos dirigentes del movimiento obrero y socialista se identificaran con la política imperialista de la oligarquía financiera de su propio país. Durante la Primera Guerra Mundial apareció claramente esta identificación cuando los movimientos obreros oficiales de todos los países beligerantes (salvo en Rusia, donde los bolcheviques permanecieron fieles al marxismo) se alinearon junto con “sus” capitalistas en la contienda en lugar de aprovechar la ocasión creada por la crisis bélica para arrebatárles el poder.

Tal planteamiento oportunista (identificación de sus propios intereses con los de la clase gobernante) de los dirigentes de los partidos obreros de muchos países hizo necesaria la constitución, después de la guerra de 1914-1918, de partidos comunistas que se adhirieran al marxismo y que se esforzaran por ganar para el marxismo al movimiento de la clase obrera.

En la época del imperialismo, la lucha colonial por la liberación adquiere también contornos más precisos y se extiende. La conquista y la penetración capitalistas de un país colonial quebrantan las viejas formas de producción y destruyen las bases sobre las que vive gran número de gente. La competencia de las fábricas de tejidos de Lancashire destruyó el modo de vida de los tejedores manuales de la India y los obligó a emigrar al campo, con lo cual aumentó la presión sobre la tierra. Bajo la dominación imperialista, la presión sobre todo el pueblo se incrementa mediante los impuestos, destinados a saldar los intereses sobre los préstamos y a mantener el aparato del poder imperialista, tanto civil como militar. El resultado de esta doble presión y la reducción de los precios de los productos coloniales por obra de los grandes monopolios es la miseria y el hambre, causas de continuas sublevaciones campesinas. En las ciudades, la producción industrial se desarrolla en unas condiciones espantosas; se ponen obstáculos a las organizaciones de la clase obrera, y allí donde es posible, son suprimidas. Las capas medias y, en particular, la intelectualidad, sienten las restrictivas cadenas de la dominación imperialista. Los capitalistas del país ven sus negocios coartados. Sobre esta amplia base, surge un movimiento por la independencia. El mismo proceso tiene lugar en todos los países coloniales, en cada lugar de acuerdo con sus peculiaridades. A partir de la Segunda Guerra Mundial, el movimiento de liberación colonial ha hecho grandes progresos.

Los marxistas ven en estas luchas una consecuencia inevitable de la explotación capitalista, que sólo terminará con el derrocamiento de las oligarquías imperialistas dominantes. Por esta razón, hacen causa común con los pueblos coloniales contra el enemigo común: la oligarquía financiera del país imperialista.

La Primera Guerra Mundial, que fue el resultado de la lucha entre los grupos financieros de las grandes potencias, señaló el inicio de lo que se conoce como la crisis general del capitalismo. En 1917, la clase obrera de Rusia, guiada por el partido bolchevique bajo el mando de Lenin, derrocó el régimen de los capitalistas y terratenientes y comenzó a edificar el primer estado socialista de la historia. Desde aquel entonces, el mundo quedó dividido entre un campo socialista, con un poder y una influencia crecientes, y un campo capitalista, en el cual todas las contradicciones del capitalismo en su fase imperialista iban minando más y más las bases políticas y económicas de la sociedad capitalista.

V. La lucha de clases y el Estado

En el capítulo II se expuso la teoría general de la lucha de clases de Marx. La lucha de clases surge de las formas de producción que dividen a las sociedades en clases, de las cuales una desempeña la actividad productiva (el esclavo, el siervo, el obrero asalariado), mientras que la otra (el propietario de esclavos, el señor feudal o el empresario capitalista) disfruta de una parte del producto sin tener que trabajar para producirlo. Pero además de las dos clases principales, en cada época hay también otras clases. En los países desarrollados (coloniales o semicoloniales), hay todavía hoy terratenientes feudales y campesinos, que son poco menos que siervos, al lado de una clase capitalista en ciernes (sin contar a los capitalistas extranjeros) y de una clase obrera cada vez más numerosa.

La lucha entre las clases impulsa a la humanidad hacia estadios superiores de producción.

Cuando tiene lugar una revolución, se implanta o se extiende un modo de producción. La vía hacia el posterior desarrollo del capitalismo en Gran Bretaña se abrió con la revolución de Cromwell y con la Revolución Gloriosa de 1688. En Francia desempeñaron el mismo papel la Gran Revolución de 1789 y las subsiguientes.

Marx, sin embargo, no se contentaba con generalidades. Examinó muy de cerca las luchas que tenían lugar en su época con objeto de descubrir las leyes de la lucha de clases.

No se trata de los detalles técnicos de la lucha. Marx se dio cuenta de que lo importante para comprender el desarrollo social era el análisis de las fuerzas que ponen en juego las clases que participan en el movimiento revolucionario promotor de un nuevo modo de producción. Así le fue posible mostrar, mediante el examen particular de las revoluciones de 1848 en muchos países europeos, que algunos rasgos generales eran comunes a todas ellas.

¿Cuáles son estos rasgos o leyes generales que se manifiestan en las revoluciones?

En primer lugar, la lucha revolucionaria siempre es dirigida por la clase que ha de asumir el poder en el nuevo sistema de producción, pero no por ella sola. Por ejemplo, al lado pujante de la clase capitalista luchaban en la gran Revolución Francesa de 1789 los campesinos —la principal clase productora del régimen feudal—, los pequeños comerciantes, los artesanos independientes y la embrionaria clase obrera de la época. Todos estos sectores de la población tomaron parte en la lucha revolucionaria contra la clase dominante y el antiguo orden porque, a pesar de sus intereses divergentes, todos se daban cuenta de que el viejo orden significaba para ellos la perpetuación de la represión y de toda clase de dificultades.

La experiencia posterior ha confirmado la conclusión extraída por Marx de que toda revolución que aspira a derrocar la dominación de una clase no es sólo patrimonio de la clase que la ha de sustituir en el poder, es una revolución de todos cuantos sufren las restricciones y la opresión impuestas por la clase dominante. En un momento determinado del desarrollo histórico, la revolución es conducida por los capitalistas contra la monarquía feudal y los terratenientes, pero cuando la clase obrera ha crecido, se capacita para encabezar a todos los sectores sociales que toman parte activa en la revolución. En otras palabras, la historia muestra que en toda revolución amplios sectores de la población constituyen una alianza contra el principal enemigo. Lo que es nuevo es que en la revolución contra los capitalistas y los grandes terratenientes sea la clase obrera la que toma la dirección de esta alianza.

La revolución que da el poder a una nueva clase, instaurando un nuevo sistema de producción, es sólo la culminación de la lucha permanente entre las clases que se debe al conflicto de sus

intereses en la esfera de la producción. En las primeras etapas del capitalismo industrial, los conflictos no eran frecuentes y giraban casi siempre en torno a los salarios y a las condiciones de trabajo en las fábricas. “Pero con el desarrollo de la industria, el proletariado no sólo crece numéricamente, sino que se concentra en masas cada vez mayores, crece su fuerza y aumenta la conciencia de esta fuerza” (K. Marx, *El Manifiesto Comunista*, 1848). Los obreros crean los sindicatos, que llegan a ser enormes organizaciones capaces de plantear el conflicto de clases a escala nacional. Constituyen sociedades cooperativas para proteger sus intereses en tanto que consumidores. Y en una etapa relativamente avanzada, crean su propio partido político, que puede representar y dirigir la lucha por sus intereses de clase.

¿Cómo se lleva a cabo la lucha?

Marx concibió que el objetivo del partido de la clase obrera era el de preparar y organizar el derrocamiento de la clase capitalista opresora para establecer un poder obrero y edificar un nuevo sistema de producción: el socialismo.

El proceso de preparación consistía en fomentar toda forma de organización de clase de los trabajadores, especialmente los sindicatos, que incrementaban la fuerza de los obreros y elevaban “la conciencia de esta fuerza”. Consistía también en ayudar a cualquier grupo de trabajadores en sus conflictos particulares por sus intereses inmediatos (salarios más elevados, mejores condiciones de trabajo, etc.). A través de tales luchas, los trabajadores obtienen a menudo mejoras, pero “el resultado más valioso de sus batallas radica, no en las ventajas inmediatas, sino en la mayor unidad lograda entre los obreros”. Algunos críticos interpretan estas palabras de Marx como si los marxistas no desearan mejorar las condiciones de vida bajo el capitalismo, sino que se preocuparan exclusivamente de preparar la revolución. Esto no es cierto. Marx y los marxistas de todos los tiempos han trabajado para mejorar las condiciones de existencia de los pueblos, y han considerado siempre las mejoras como avances positivos. Lo que Marx apuntaba en las palabras citadas es que ningún avance positivo era seguro si el sistema capitalista seguía en pie, y sin embargo, todo progreso contribuía a desarrollar la fuerza de la clase obrera y su capacidad para el objetivo final: la eliminación del capitalismo. Esto es así porque en el curso de estas luchas los trabajadores adquieren conciencia de que constituyen una clase, con intereses comunes frente a la clase de los capitalistas. El partido político de la clase obrera impulsa este movimiento y explica las razones por las cuales mientras perdure el régimen capitalista debe continuar la lucha entre las clases y deben los trabajadores seguir soportando los terribles sufrimientos provocados por las crisis económicas y las guerras; y que el conflicto y los sufrimientos pueden terminar si cambia el sistema de producción, lo cual, sin embargo, implica forzosamente el derrocamiento de la clase capitalista.

Esta conclusión general alcanzada a partir de la historia pasada fue reforzada por el estudio que hizo Marx del Estado.

A veces se piensa que el Estado es el parlamento. Marx puso de manifiesto, en cambio, que el desarrollo histórico del Estado tiene muy poco que ver con las instituciones representativas. Por el contrario, el Estado siempre ha sido un medio para imponer la voluntad de la clase dominante sobre el resto del pueblo. En la sociedad primitiva no había Estado, pero cuando la sociedad humana se dividió en clases, el conflicto de intereses entre estas hizo que los privilegiados no pudieran mantener sus privilegios sin una fuerza armada controlada directamente por ellos para proteger sus intereses amenazados. “Esta fuerza pública existe en todo Estado; no consiste únicamente en gente armada, sino también en dependencias materiales, cárceles e instituciones represivas de todas clases” (Engels, citado por Lenin en *El Estado y la revolución*, Cap. I). Esta fuerza pública tiene siempre la función de mantener el orden existente, lo cual equivale a decir la división de clases existentes y el privilegio de clase; siempre se lo presenta como algo que está por encima de la sociedad, algo “imparcial”, cuyo único propósito es “mantener la ley y el

orden”, pero manteniendo la ley y el orden, mantiene el sistema existente. Actúa contra cualquier intento de cambiar el sistema. En su tarea normal y cotidiana, la maquinaria del Estado detiene y encarcela a las personas “sediciosas”, impide la literatura “sediciosa”, y así sucesivamente, por medios aparentemente pacíficos; pero cuando el movimiento tiene un carácter más amplio, se hace abiertamente uso de la fuerza con la policía y, si es necesario, con las fuerzas armadas. Este aparato de fuerza, que actúa en defensa de los intereses de la clase opresora, es lo que constituye el rasgo esencial del Estado.

¿Está controlada la máquina estatal por el parlamento o por otra institución representativa de la nación? En la medida en que la institución representativa de la nación representa únicamente a la clase dominante, puede ocurrir que controle la máquina estatal. Pero cuando el parlamento u otras instituciones no representan adecuadamente a la clase dominante e intentan poner en práctica medidas contrarias a los intereses de esta, se pone en evidencia de manifiesto que ninguna de estas instituciones controla de hecho la máquina del Estado. La historia está llena de instituciones representativas que han intentado servir intereses de clases distintas de la clase dominante, y que han sido abolidas o dispersadas por las fuerzas armadas cuando se ha considerado necesario. Allí donde una clase pujante ha triunfado sobre el viejo orden —como en Gran Bretaña en la época de Cromwell, por ejemplo— no lo ha hecho mediante votos en el parlamento, sino organizando una nueva fuerza armada contra el Estado, contra la fuerza armada de la vieja clase dominante.

La clase que ejerce un papel dominante en el sistema productivo mantiene su control sobre la máquina estatal, ocurra lo que ocurra dentro de las instituciones representativas. Un cambio de poder efectivo implica, así pues, el uso de la fuerza contra la vieja máquina estatal, cuyo aparato de fuerza se dirige en bloque contra la nueva clase que está forcejeando por cambiar el sistema.

Esta conclusión alcanzada por Marx de su estudio de la historia pasada ha sido ratificada por muchos más acontecimientos recientes. La esencia misma del fascismo es la destrucción mediante la fuerza armada de todas las formas de instituciones representativas. El hecho de que las bandas armadas fascistas no sean exactamente lo mismo que la fuerza armada del viejo Estado, no cambia nada del análisis general de la situación. La sublevación de Franco en España en 1936 contra un gobierno parlamentario elegido constitucionalmente muestra cuán escaso es el control que una institución representativa ejerce sobre las fuerzas armadas.

Ahora bien, ¿de qué manera mantiene la clase dominante un control particular de la máquina estatal, especialmente de las fuerzas armadas que, en apariencia, y “constitucionalmente”, debieran estar bajo el control del parlamento? La respuesta se desprende de la maquinaria misma del Estado. En todos los países, los cargos más elevados de las fuerzas armadas, del sistema judicial y de los servicios administrativos están en manos de miembros de la clase dominante o de fieles lacayos suyos, lo cual queda garantizado por los sistemas de nombramiento y de promoción. Por lejos que vaya la democracia en la estructuración de las instituciones representativas, ha quedado ampliamente demostrado que no puede penetrar el duro meollo de la maquinaria estatal. Mientras no se presenten situaciones graves, no se hace patente que la maquinaria del Estado está separada del parlamento democrático. A pesar de todo, incluso en Gran Bretaña tenemos el ejemplo del motín del Curragh en 1914, en el cual los oficiales se negaron a cumplir con la orden de proteger a Irlanda del Norte contra la sublevación reaccionaria que entonces se estaba organizando para evitar la puesta en práctica del Irish Home Rule Act (declaración de autonomía), que había sido aprobada por el Parlamento.

De modo que si la máquina del Estado sólo sirve para mantener el status quo y no para oponerse a él, entonces —de acuerdo también con la experiencia histórica— ningún progreso hacia formas superiores de estructura social es posible sin una derrota de la maquinaria estatal, sean cuales sean las instituciones representativas existentes.

No obstante, Marx fue siempre un defensor de las instituciones democráticas, porque vio en ellas, históricamente, uno de los campos de batalla de la guerra de las clases.

Esta es la razón por la cual Marx siempre subrayó la importancia de la lucha por la democracia parlamentaria contra las diversas formas de gobierno autocrático que existían en Europa durante el pasado siglo, y por la extensión de los derechos democráticos en los países donde la autocracia había sido ya derrocada. Al mismo tiempo, consideraba que mientras perdurara la opresión capitalista y se mantuviera el control de los capitalistas sobre el Estado (en el sentido explicado más arriba), la democracia nunca podría ser efectiva ni estar garantizada. Sólo cuando la clase obrera lograra derrotar y destruir la máquina estatal capitalista, podría elevarse a la situación de clase dominante y, por ende, “ganar la batalla de la democracia”. En otras palabras, consideraba que la voluntad del pueblo sólo podría prevalecer efectivamente cuando la barrera armada que se oponía a su paso —la máquina estatal capitalista— hubiera sido destruida.

Pero no basta con derrotar y destruir la maquinaria estatal de la anterior clase dominante. Es necesario, afirmaba Marx, que la clase obrera establezca su propio aparato estatal, su propio aparato de fuerza centralizado, para completar la derrota de la clase capitalista y defender el nuevo sistema social de sus enemigos interiores y exteriores.

Además, la clase obrera necesita implantar su forma propia de gobierno, que difiere en aspectos importantes de la forma de gobierno de la sociedad capitalista, debido a sus diferencias de propósitos. Esto quedó claro a los ojos de Marx después de la experiencia de la Comuna de París en 1871, cuyos rasgos peculiares eran los siguientes: se trataba de “un cuerpo operativo y no parlamentario, a la vez ejecutivo y legislativo”; sus miembros podían ser revocados y cambiados por sus electores en cualquier momento; “los servicios públicos, incluyendo a los de los propios miembros de la Comuna, tenían que efectuarse con emolumentos equivalentes a los salarios de los trabajadores”. Los magistrados y los jueces eran electos, y sus electores podían revocarles en cualquier momento. El viejo ejército permanente fue sustituido por una ‘Guardia Nacional’, formada en su mayor parte por trabajadores”. El propósito esencial de estos y otros rasgos de la Comuna era el de garantizar el control del aparato del gobierno y la maquinaria estatal por parte de la clase obrera, en contraposición con el control capitalista que había prevalecido en el Estado burgués. Esta nueva forma de Estado estaba “ganando la batalla de la democracia”, significaba una extensión enorme de la participación del pueblo, de la gente común, en el control efectivo de sus propias vidas.

Sin embargo, Engels dijo a propósito de la Comuna de París: “Era la dictadura del proletariado”. ¿Hay alguna contradicción entre las dos afirmaciones sobre la Comuna, por un lado, que equivalía a una enorme extensión del control democrático en comparación con la democracia parlamentaria bajo el capitalismo, y, por otro, que era una dictadura de la clase obrera? No. Simplemente expresan dos aspectos de una misma cosa. Con objeto de llevar a efecto la voluntad de la abrumadora mayoría del pueblo, se estableció un “Estado nuevo y realmente democrático”; pero este sólo podía llevar a efecto la voluntad del pueblo ejerciendo una dictadura, empleando la fuerza contra la minoría que había ejercido anteriormente su dictadura de clase y que continuaba empleando todos los medios a su alcance, desde el sabotaje económico hasta la resistencia armada, para oponerse a la voluntad del pueblo.

Las experiencias posteriores de revoluciones proletarias confirmaron las deducciones hechas por Marx y Engels a partir del caso concreto de la Comuna de París en 1871. Durante la revolución de 1905 en Rusia, se crearon unos consejos compuestos por delegados de los trabajadores para organizar e impulsar la lucha contra el zar. En la revolución de 1917 se formaron otra vez soviets —palabra rusa que significa consejo—, tan pronto como se creó una situación revolucionaria. Lenin vio que, con el enorme desarrollo que había tenido la clase obrera desde la Comuna de París, estas delegaciones, que emanaban en primer lugar de las fábricas —pero que a medida que la lucha se extendía, se constituían también entre los soldados

y campesinos— habían de constituir los organismos básicos del nuevo Estado de la clase obrera. Los delegados emanaban directamente de los obreros, y podían ser revocados en cualquier momento por sus electores; con ellos, las influencias capitalistas no podían mediatizar las decisiones, de modo que quedaban realmente protegidos y promovidos los intereses de la clase obrera. Al mismo tiempo, esto podía conseguirse mediante una dictadura, basada en la fuerza, contra la vieja clase dominante que usaba cualquier medio a su alcance para minar y destruir el nuevo gobierno soviético.

La efectiva democracia de la dictadura de la clase obrera había sido evidenciada por Marx en un párrafo del *Manifiesto Comunista* de 1848: “Todos los movimientos históricos previos han sido movimientos de minorías o en interés de minorías. El movimiento proletario es el movimiento consciente e independiente de la inmensa mayoría, en interés de la inmensa mayoría”.

Por lo que se ha dicho más arriba, queda claro que Marx no creía que la victoria de la revolución proletaria pondría enseguida fin a la lucha de clases. Al contrario, marca tan sólo un hito a partir del cual la clase obrera tiene el aparato del Estado de su parte en lugar de tenerlo en contra. En el Congreso de los Soviets en 1918, Lenin contó un incidente que ilustra esta afirmación. Iba en un tren oyendo una conversación que no podía comprender. Entonces, uno de los que conversaban se volvió hacia él y le dijo: “¿Sabéis qué cosa curiosa está diciendo esta vieja? Dice: ‘Ahora no hay que temer al hombre de la escopeta. Un día estaba en el bosque y encontré a un hombre con una escopeta, y en lugar de quitarme la leña que había recogido para mí, me ayudó a recoger más’”. El aparato de coacción ya no se dirige contra los obreros, sino que los ayuda; sólo se dirige contra los que intentan contener el avance de la clase obrera.

Esta clase de gente sigue existiendo, naturalmente, después de la toma del poder por los trabajadores. La vieja clase dominante, con la ayuda de las clases dominantes de otros países, reúne todas las fuerzas armadas que puede y declara la guerra abierta contra el Estado del proletariado. La Comuna de París de 1871 fue derrotada de esta manera. Los alemanes liberaron a miles de prisioneros franceses, procedentes de la reciente guerra que acababa de terminar, y los mandaron a engrosar las fuerzas reaccionarias francesas reunidas en Versalles, cerca de París. De este modo, el ejército reaccionario pudo tomar París y llevar a cabo una espantosa matanza de quienes habían apoyado y defendido a la Comuna. Entre 1918 y 1920, el gobierno soviético de Rusia tuvo que enfrentarse no sólo con los ejércitos de los partidarios del Zar, sino también con las fuerzas invasoras de diversas potencias extranjeras —entre ellas Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos. En la Segunda Guerra Mundial, la Rusia soviética tuvo que defenderse de la invasión nazi. La historia, por consiguiente, confirma la conclusión sacada por Marx de que el proletariado deberá mantener su organización estatal durante un largo período después de la toma del poder para defender sus conquistas y para asegurar su predominio a lo largo del período durante el cual se esté reorganizando el sistema de producción sobre bases socialistas.

La Comuna de París de 1871 y el Estado soviético establecido en 1917 fueron las primeras formas de Estado obrero. Al terminar la Segunda Guerra Mundial, la fuerza del movimiento obrero y la existencia de un poderoso Estado soviético abrieron la posibilidad de nuevas formas de transición al socialismo y de nuevas formas de organización estatal de la clase obrera. De ellas hablaremos en el último capítulo.

En el próximo capítulo, se explica lo que Marx entendía por socialismo y por su fase superior, el comunismo. Pero antes de dar por terminado el tema de la lucha de clases y el Estado, hay que exponer la visión de Marx sobre el desenlace del proceso histórico mencionado. La lucha de clases y el Estado persisten a lo largo de la historia mientras la sociedad humana sigue dividida en clases. Pero cuando la clase obrera toma el poder, lo hace para terminar con las divisiones de clases y para instaurar una nueva forma de producción en la que no exista ninguna clase que viva del trabajo de otras clases sociales; en otras palabras, para instaurar una sociedad sin clases

en la que todos estén al servicio de la sociedad como un todo. Cuando este proceso haya llegado a su término —a escala mundial— ya no habrá conflicto entre clases porque no habrá clases con intereses antagónicos y, por consiguiente, no habrá necesidad del Estado —es decir, de un aparato coercitivo— para proteger unos intereses contra otros. El Estado irá desapareciendo, sus funciones se irán haciendo superfluas una tras otra, y la gran maquinaria que hoy existe se irá convirtiendo en un medio para organizar la producción y la distribución. Como dijo Engels: “El gobierno de las personas será sustituido por la administración de las cosas y por la dirección de los procesos de producción”.

VI. La sociedad socialista

No hay en los escritos de Marx ningún lugar donde se encuentre una exposición detallada de lo que ha de ser el nuevo sistema social que ha de suceder al capitalismo. Marx no escribió ninguna utopía de la especie de las que habían ideado otros escritores anteriores, y que se basaban únicamente en la idea general de una sociedad liberada de los males sociales más evidentes de las sociedades en las que vivían. Sin embargo, a partir de las leyes generales del desarrollo social, Marx pudo esbozar los rasgos principales de la nueva sociedad y el modo en que se desarrollaría.

Entre las observaciones hechas por Marx, quizás la más sorprendente, aunque en cierto sentido sea la más obvia, es que la organización de la nueva sociedad no se edificará, por decirlo así, sobre un terreno perfectamente claro y previsible. Por esto es una empresa fútil pensar en términos de una sociedad socialista que se desarrolle sobre sus cimientos propios. No se trata de pensar el mayor número posible de rasgos positivos y de mezclarlos, para lograr así la concepción de una sociedad socialista, que surgiría de la nada. Un proyecto de este tipo sería totalmente acientífico y, probablemente, no podría adaptarse a la realidad.

Por el contrario, una sociedad socialista, como cualquier forma anterior de sociedad, sólo llega a realizarse sobre la base de lo que existía antes de ella; en otras palabras, sería una sociedad “recién salida de la sociedad capitalista que, por consiguiente, conservaría en todos los aspectos —en el económico, en el moral y en el intelectual— las señales de la vieja sociedad de cuyo seno habría surgido”.

De hecho, es el desarrollo real en el interior mismo de la sociedad capitalista lo que abre el camino hacia el socialismo e indica el carácter que ha de asumir el cambio. La producción se hace cada vez más social, en el sentido de que cada objeto, para su fabricación, exige una concentración de mano de obra y una cooperación cada vez mayores. Las fábricas crecen y el proceso de producción reúne a un gran número de obreros en la tarea de transformar las materias primas en objetos acabados. Aumenta la interdependencia de la gente entre sí; los viejos lazos locales y las limitadas relaciones de la época feudal han sido rotos hace tiempo por el capitalismo, pero en su desarrollo, éste ha dado lugar a otras relaciones de un carácter mucho más amplio, tan amplio que cada individuo depende de un modo u otro de lo que ocurre a la sociedad como un todo.

Aunque esta es la firme tendencia de la producción capitalista, el hecho es que el producto, fruto del esfuerzo cooperativo de la sociedad, es apropiado por un individuo o por un grupo, y no por la sociedad en conjunto. El primer paso en la construcción de una sociedad socialista ha de ser, pues, el de organizar la producción de tal manera que sea la sociedad en conjunto la que se beneficie del producto logrado, y esto equivale a decir que la sociedad en conjunto ha de ser la propietaria de los medios de producción que en el régimen capitalista son de propiedad privada.

Pero esta socialización de los medios de producción sólo tiene lugar sobre la base de lo que la nueva sociedad hereda de la vieja. Y sólo las empresas relativamente grandes son, por así decir, las que son aptas para ser apropiadas y regenteadas por la sociedad. El desarrollo capitalista las ha preparado para ello. En estas empresas hay ya un divorcio completo entre los propietarios y el proceso productivo; el único lazo es el dividendo o el interés pagado a los accionistas. La producción está en manos de un equipo de trabajadores y empleados, de tal modo que la transferencia de la propiedad a la sociedad no alteraría el funcionamiento de su labor. Por consiguiente, estas grandes compañías pueden ser inmediatamente socializadas.

Ahora bien, este no es el caso en las pequeñas empresas que están en manos de pequeños fabricantes, comerciantes medios y detallistas, o pequeños y medios campesinos, en las cuales el propietario desempeña un papel importante en la producción y en la organización del trabajo. Frente a los escasos centenares de grandes accionistas de las gigantescas compañías monopolistas, los “pequeños” industriales, comerciantes y campesinos suman centenares de miles en los países capitalistas desarrollados. Lo mismo ocurre en otros países, especialmente allí donde la agricultura capitalista no se ha desarrollado y donde los campesinos constituyen una proporción importante de la población. Bajo un punto de vista práctico, la administración centralizada de todas estas unidades aisladas de producción y distribución es imposible. Hay, además, razones sociales y políticas aún más importantes por las cuales estas capas sociales no deben ser inmediatamente expropiadas y sus propiedades, socializadas.

Dentro de una perspectiva social, un gran número de miembros de estas capas están realizando un trabajo que es esencial. Sus condiciones de existencia se han resentido por la presión de los grandes monopolios y por el bajo nivel adquisitivo de la población en una sociedad dominada por la riqueza. Aunque la mayor parte de ellos tienen ideas capitalistas e individualistas, en la práctica han de salir beneficiados por la transformación socialista de la sociedad. El problema consiste en llevar a cabo esta transformación de tal manera que los pequeños industriales, comerciales y campesinos se beneficien de ella y a la vez tomen conciencia de este hecho, convirtiéndose así en un apoyo del nuevo sistema social.

¿Qué pasos prácticos en este sentido pueden tomarse? En relación con los pequeños productores agrícolas, Engels escribió:

“Nuestra tarea será, en primer lugar, la de transformar su producción individual y su propiedad individual en producción y propiedad cooperativas, no por la fuerza, sino mediante el ejemplo y el ofrecimiento de ayuda social para este propósito”.

En la Unión Soviética y en otros países que están construyendo el socialismo, se ha aplicado este método para fomentar la cooperación en la agricultura. Mediante las granjas estatales y las estaciones estatales de tractores y maquinaria agrícola se ha mostrado el beneficio que se deriva del cultivo a gran escala y del uso de sistemas modernos y mecanizados, y la ayuda estatal en diversas formas ha facilitado el paso de la producción agrícola individual a la colectiva. Una unidad productiva sustituye a decenas o centenares de unidades menores; los pequeños productores aprenden a producir en común, y su visión individualista va cediendo ante una visión colectiva de las cosas. La educación y las amenidades que son posibles en una extensa granja colectiva aceleran el proceso. La visión colectiva, por su parte, conduce a una visión social más amplia. En China se emplearon formas muy elementales de cooperación al comienzo, con objeto de crear un mínimo de conciencia colectiva en los campesinos, y estas llevaron luego a otras formas más desarrolladas.

También se han empleado métodos cooperativos para agrupar a los artesanos individuales y a los pequeños productores industriales. Pero no es fácil aplicar estos métodos en el caso de los pequeños productores y distribuidores dispersos que existen en gran número en cualquier país. ¿Qué métodos son posibles en tales casos? En los países socialistas el principio general ha consistido en desarrollar las empresas socialistas y absorber al mismo tiempo las pequeñas empresas privadas, paulatinamente, en la red del sector socializado, en parte mediante el estímulo de mejores oportunidades y en parte por la presión de los impuestos. En China, sin embargo, donde las condiciones hicieron posible y necesario dejar negocios industriales y comerciales relativamente grandes en manos de sus propietarios particulares, se aplicó un sistema completamente nuevo de transformación gradual. Sobre la base de la conciencia nacional y del reconocimiento del gran progreso operado en China, gracias al nuevo régimen muchos de los propietarios capitalistas no se opusieron a colaborar con el Gobierno, el cual, por

su parte, tuvo en cuenta sus intereses personales a lo largo de las diversas fases del proceso de transformación social.

Las principales fases de este proceso fueron: 1) establecimiento de contratos con empresas de propiedad privada por parte del gobierno, que compra sus productos a precios convenidos y en algunos casos abastece a las empresas productoras de materias primas, 2) propiedad conjunta de empresas particulares por parte de empresarios capitalistas y el Estado, a cada uno de los cuales corresponde una proporción de las ganancias, 3) propiedad conjunta de sectores enteros de la industria o el comercio por parte de empresarios capitalistas y el Estado, con el cobro por parte del capitalista de un porcentaje fijado (normalmente el 5%) sobre el valor atribuido a sus bienes, 4) plena propiedad del Estado.

En la primera fase, los propietarios dirigen sus empresas. En la segunda, comparten la gerencia con representantes del Estado. En la tercera, el Estado asume toda la responsabilidad de la dirección, aunque en todos los casos en que era posible los anteriores dueños podían quedarse en la empresa ocupando otros cargos de responsabilidad.

Una vez que el poder está en manos de la clase obrera y que han sido socializadas las empresas mayores —las “posiciones dominantes”, como decía Lenin—, la subsiguiente transformación de empresas capitalistas más pequeñas puede llevarse a cabo gradualmente, sin ningún conflicto agudo. Pero la posibilidad de una transformación gradual sin conflictos agudos depende del grado en que las fuerzas antisocialistas —principalmente los dueños expropiados de grandes empresas, aliados con intereses imperialistas extranjeros— estén dispuestos a recurrir a la violencia.

La Unión Soviética, el primer país socialista, tuvo que enfrentarse no sólo con los enemigos internos que querían restablecer el antiguo orden, sino también, en los primeros años, con la invasión de fuerzas armadas procedentes de catorce estados capitalistas, seguida por un bloqueo económico y por sabotajes y, en 1941, por la invasión nazi. Era inevitable, por lo tanto, que hubiera que emplear allí la fuerza en mayor medida que en otros países que han implantado el socialismo más tarde. Pero si las posteriores revoluciones socialistas han sido más pacíficas y menos dolorosas, se ha debido a que el pueblo soviético luchó con tanto ardor, derrotó a sus enemigos, llevó a efecto vastos planes industriales y sociales y edificó la primera sociedad socialista del mundo.

Se ha puesto ahora en evidencia que, en el último período de la vida de Stalin, se empleó la fuerza no sólo contra peligrosos enemigos de la Unión Soviética, sino también contra partidarios leales de su régimen, y que, junto al avance democrático general del pueblo, surgió una burocracia y Stalin hizo prevalecer su propia autocracia personal.

Cuando Marx hablaba de la toma del poder por la clase obrera y de “la victoria en la batalla por la democracia”, se refería al avance democrático en general del pueblo, que dejaría de estar sujeto al dominio y a las condiciones de vida y de trabajo impuestas por las anteriores clases dominantes. Un tal avance tuvo lugar en Rusia. En la atrasada Rusia, que no tenía ninguna experiencia de gobierno democrático, el dominio autocrático fue sustituido por instituciones democráticas y por organismos representativos electos. La gran masa del pueblo conquistó unos derechos democráticos que en ciertos aspectos eran incluso más completos que los de los países capitalistas de régimen democrático —por ejemplo, en lo que atañe a las condiciones de trabajo y a la administración de los servicios sociales.

Pero el desarrollo pleno de la democracia era imposible en las condiciones de lucha contra los enemigos externos e internos con los que la Unión Soviética tenía que enfrentarse. Los organismos de seguridad fueron esenciales durante el largo período en que la Unión Soviética fue como una fortaleza activamente asediada por el capitalismo internacional y en que tuvo que enfrentarse asimismo con enormes dificultades internas. Era, pues, imprescindible una dirección fuerte y centralizada, y Stalin, que era un organizador y un teórico sobresaliente, cobró un

enorme prestigio gracias a cada una de las victorias del pueblo soviético. Así nació el “culto” de Stalin, que dio lugar a un control personal por parte de Stalin de todas las tareas de gobierno, a considerables violaciones masivas a través de los organismos de seguridad del Estado, a consecuencia de todo lo cual se cometieron injusticias análogas también en las democracias populares de Europa Oriental.

El culto de Stalin y sus consecuencias hicieron mucho daño en numerosas esferas de la vida de la Unión Soviética. Pero no cambiaron la naturaleza del Estado socialista ni de los enormes avances humanos realizados; y después de la muerte de Stalin se tomaron medidas con objeto de restablecer y fortalecer la democracia socialista en todos los países socialistas, los cuales están superando los perjuicios ocasionados por el período stalinista. Las condiciones en las que se produjeron las violaciones de la democracia y de la justicia jamás se repetirán; el mundo socialista es ahora lo bastante fuerte y la lección del pasado ha suscitado en todas partes una mayor vigilancia.

Con el poder en manos del pueblo, la edificación de la nueva sociedad es esencialmente un proceso económico y social. Las empresas más grandes, a saber, los bancos, los ferrocarriles y otros puntos claves de la industria y el comercio son nacionalizados y constituyen la base económica de un ulterior desarrollo. La pequeña producción y el pequeño comercio se dejan en manos de sus dueños, y ha de transcurrir un período más o menos largo antes de que sean integradas en el sector nacionalizado de la industria y el comercio. Lo que el poder de la clase obrera lleva a efecto en el primer momento no es, pues, el socialismo, pero pone las garantías de que el desarrollo del país tome la dirección del socialismo. Tienen que pasar muchos años antes de que la producción y la distribución estén del todo socializadas, y ha de pasar también mucho tiempo antes de que la población entera no sólo acepte el socialismo, sino que llegue a adquirir una mentalidad y un modo de vida realmente socialistas.

El paso de los principales medios de producción de la propiedad privada a la propiedad social sólo sienta las bases. El paso siguiente es el desarrollo consciente y planeado de las fuerzas productivas, cuyo objeto es satisfacer las crecientes necesidades del pueblo.

Es un error pensar que un tal desarrollo sólo es necesario en un país industrialmente atrasado, como era Rusia en 1917. Marx pensaba en países industriales avanzados cuando escribía que después de tomar el poder “el proletariado empleará su supremacía política [...] para incrementar el total de las fuerzas productivas tan de prisa como sea posible”. Y aunque los recursos productivos hayan crecido enormemente desde los tiempos de Marx, el hecho es que todavía llevan retraso respecto a lo que hace posible hoy en día el conocimiento científico. Están atrasados a causa del sistema capitalista, porque la producción es para el mercado, y el mercado está restringido bajo el capitalismo, el crecimiento de las fuerzas productivas se ve frenado, y en las crisis económicas las fuerzas productivas —tanto las humanas como las materiales— se deterioran y pueden llegar incluso a ser destruidas. El retraso se debe también a que los monopolios compran las patentes de los inventos técnicos e impiden que sean usados ampliamente. También, a que la producción no puede planearse y, por consiguiente, no puede darse un crecimiento sistemático; a que el capitalismo ha mantenido a la agricultura marginada y en el atraso; a que el capitalismo tiene que dedicar gran cantidad de recursos a las guerras entre grupos rivales y contra los pueblos coloniales; a que el capitalismo separa el trabajo manual del intelectual, de modo que no puede tener del todo abiertas las puertas a la investigación aplicada; a que la lucha de clases absorbe una enorme cantidad de energía humana; y, finalmente, a que el capitalismo deja a millones de seres sin la educación y el adiestramiento que les permitiría desempeñar un papel país.

Las fábricas y las minas, las instalaciones energéticas y los ferrocarriles, la agricultura y la pesca pueden y deben ser reorganizados y puestos al día, y el pueblo ha de recibir un nivel más alto

de educación y adiestramiento para que se pueda alcanzar un nivel mucho más alto de producción. ¿Qué objeto tiene esto? Elevar el nivel de vida de la gente.

Uno de los argumentos preferidos de los antisocialistas era que si todo lo producido se repartía equitativamente, la diferencia en el nivel de vida de los obreros sería muy pequeña. Aunque eso fuera cierto —y no lo es—, no tendría absolutamente nada que ver con la concepción del socialismo de Marx. Él se dio cuenta de que el socialismo elevaría los niveles de producción hasta alturas insospechadas. No es únicamente porque la Rusia zarista estaba atrasada por lo que la producción industrial de la Unión Soviética en 1955 era veinticinco veces superior a la de 1913; también en los países industriales avanzados podría realizarse un gran incremento.

Este aumento del nivel de producción y, por ende, del nivel de vida del pueblo, es la base material sobre la que se elevará el nivel intelectual y cultural del pueblo.

Pero el desarrollo requiere una producción planificada. En la sociedad capitalista se construyen nuevas fábricas y se aumenta la producción de un artículo cuando se puede sacar una ganancia superior con esa medida. De ningún modo quiere decir esto que el artículo en cuestión sea más necesario. La demanda puede proceder de una exigua capa de gente muy rica. Circunstancias excepcionales pueden también elevar los precios de un artículo. Allí donde la ganancia es la fuerza motriz sólo puede haber anarquía en la esfera de la producción, y el resultado es una continua sobreproducción en un sentido y una baja producción en otro.

En una sociedad socialista, en la que la producción no es para sacar beneficios sino para el consumo, es posible elaborar un plan para la producción. De hecho, esto es posible incluso antes de que la industria esté del todo socializada. Tan pronto como estén socializadas las principales industrias y las demás estén sometidas a una u otra forma de regulación, puede elaborarse un plan, que cada año irá mejorando y precisándose.

Así pues, vemos que para Marx el socialismo implicaba, en el terreno económico, la propiedad de los medios de producción por parte de la sociedad en conjunto, un rápido incremento de las fuerzas productivas y una producción planeada. Es el carácter del plan de producción lo que encierra el porqué no puede haber sobreproducción en una sociedad socialista pese al hecho de que los medios de producción se incrementan constantemente.

El plan nacional de producción consta de dos partes: el plan para nuevos medios de producción —edificios, maquinaria, materias primas, etc.— y el plan para artículos de consumo, no sólo alimentos y prendas de vestir, sino también servicios pedagógicos y sanitarios, diversiones, instalaciones deportivas, etc., además de los servicios administrativos. Mientras sean necesarias las fuerzas defensivas, deberán también incluirse en el plan.

Nunca puede haber sobreproducción porque la producción total de artículos de consumo se adapta a la capacidad adquisitiva del pueblo; en otras palabras, la suma total de salarios y sueldos de todas clases se establece de tal modo que iguale la suma total de los precios de los artículos de consumo.

Puede haber, naturalmente, una mala planificación: en un determinado año pueden fabricarse más bicicletas que las que la gente desea y en cambio, menos botas de las necesarias. Pero estos errores se remedian fácilmente mediante un ajuste en el plan siguiente que permite lograr un equilibrio. Se trata siempre de ajustes de producción relativos entre uno y otro artículo, pero nunca de excesos en la producción global, ya que esta se calcula de acuerdo con la capacidad adquisitiva global. Cuando aumenta el volumen de producción planificado de bienes de consumo, aumenta asimismo su distribución planificada.

Ahora bien, la distribución no se hace en especie entre la población. El medio empleado para ello es la moneda, que se reparte entre la gente en forma de salarios o sueldos. Como los precios de los bienes de consumo están fijados, el total de salarios y sueldos pagados puede igualarse aproximadamente con el total de los precios de los artículos de consumo. Nunca hay

discrepancia importante entre la producción y el consumo, y la población puede adquirir todos los productos que están en venta. El aumento de la producción equivale al incremento de la cantidad de bienes en venta y, por ende, al incremento del consumo popular.

A menudo se interpreta erróneamente el papel desempeñado por los precios en un régimen socialista. En el sistema capitalista, las fluctuaciones de los precios indican la relación entre la oferta y la demanda. Si los precios suben, significa que la oferta es demasiado pequeña; si los precios bajan, la oferta es excesiva y ha de reducirse. Los precios, por consiguiente, actúan como el regulador de la producción. En la sociedad socialista, en cambio, los precios regulan simplemente el consumo; la producción sigue las directrices del plan, y los precios son establecidos deliberadamente, de tal forma que lo que es producido habrá de ser consumido.

¿Cómo se reparte la producción total de los medios de consumo entre la población? Es un completo error pensar que Marx sostuvo alguna vez que debían repartirse igualitariamente. ¿Por qué no debe ser así? Porque una sociedad socialista no se construye a partir de cero, sino sobre los cimientos que hereda del capitalismo. Un reparto igualitario afectaría a todos los que antes tenían un nivel de vida superior al medio. Los obreros especializados, cuyo trabajo es de hecho más importante para la marcha de la sociedad que el de los trabajadores no cualificados, resultarían perjudicados. Una igualdad construida sobre la desigualdad de condiciones legada por el capitalismo no sería, por lo tanto, justa, sino injusta. Marx tenía toda la razón en este asunto cuando escribía: “Los derechos, en vez de ser iguales, han de ser desiguales... La justicia nunca puede elevarse por encima de las condiciones económicas de la sociedad y del desarrollo cultural condicionado por ellas”.

Los seres humanos recién liberados de la sociedad capitalista son de hecho desiguales, y la sociedad, si quiere comportarse debidamente para con ellos, ha de tratarlos de acuerdo con esta desigualdad. Por otra parte, la sociedad sólo tiene hacia ellos esta obligación si ellos sirven a la sociedad. En consecuencia, “el que no trabaje, que no coma”. De ahí sigue que el que realiza un trabajo más útil para la sociedad es justamente acreedor de un nivel de vida más alto. La distribución de los productos disponibles para el consumo se basa, por consiguiente, en el principio: De cada uno según sus capacidades, a cada uno según su trabajo.

Pero la sociedad socialista no se queda al nivel heredado del capitalismo; cada año incrementa la producción y al mismo tiempo aumenta la preparación técnica y el desarrollo cultural del pueblo. Y la desigualdad de las retribuciones —o sea, el hecho de que la gente preparada y culturalmente desarrollada sea mejor retribuida que la que no lo está— actúa como un incentivo para fomentar la especialización profesional y los estudios. A su vez, una mayor preparación significa una mayor producción, con lo cual la riqueza general aumenta y puede elevarse el nivel de vida de toda la población. La desigualdad es, pues, en la sociedad socialista, una palanca mediante la cual se eleva el nivel social general, y no, como bajo el capitalismo, un arma para aumentar la riqueza de unos pocos y la pobreza de los más.

¿Acaso Marx consideró que esta desigualdad sería un rasgo permanente de la futura sociedad? De ningún modo, en el sentido de que se ha de alcanzar una etapa en la cual ya no será necesario limitar la capacidad adquisitiva de la población a una parte proporcional al servicio rendido por cada uno a la sociedad.

Al fin y al cabo, repartir el producto de acuerdo con el trabajo prestado o según cualquier otro principio implica el reconocimiento de que no hay bastante riqueza para satisfacer las necesidades de todos y cada uno. En la misma sociedad capitalista, una familia que pueda adquirir todo el pan que necesitan todos los miembros de la familia no necesita repartir rebanadas según ningún principio: cada uno toma lo que necesita, sin más. Pues bien, cuando en una sociedad socialista la producción haya alcanzado un volumen tal que todos los ciudadanos puedan tomar lo que necesitan sin que nadie quede insatisfecho, no habrá ninguna necesidad de medir y limitar lo que toma cada uno. Cuando se alcance esta fase, el principio en

que se basarán la producción y la distribución será: De cada uno según su capacidad, a cada uno según sus necesidades.

El momento en que esto se hace posible es el que distingue al comunismo del socialismo. El socialismo, según el empleo que hizo Marx de dicho término, es la primera fase durante la cual los medios de producción son propiedad del pueblo y por lo tanto ya no se da la explotación del hombre por el hombre, pero la producción socialista planificada no ha alcanzado todavía el nivel necesario para permitir que cada uno adquiera bienes según sus necesidades.

La fase del comunismo implica muchas más cosas que la mera suficiencia material. Desde el mismo momento en que la clase obrera toma el poder y comienza a impulsar la transformación socialista de la sociedad, empieza también a producirse un cambio en la mentalidad de la gente. Todas las barreras de todo tipo que parecían rígidas bajo el capitalismo se van debilitando hasta derrumbarse. La educación y las oportunidades de toda clase para el desarrollo se abren cada vez más a los niños, sean cuales sean la categoría o los ingresos de sus padres. Las diferencias de casta pierden pronto su significación. Los niños aprenden a usar sus manos tanto como sus cerebros. La unificación del trabajo físico y el intelectual se extiende gradualmente por todo el pueblo. Todo mundo se convierte en intelectual, en la medida en que el trabajo intelectual deja de estar separado del manual.

Las mujeres dejan de ser consideradas inferiores o incapaces para desempeñar las funciones de cualquier esfera de la vida de la sociedad. Se establecen guarderías infantiles en las fábricas, en los bloques de viviendas y otros lugares donde sean necesarios, para que las madres puedan gozar de mayor libertad. El trabajo de las mujeres en el hogar es considerablemente reducido gracias a los comedores comunales, a las lavanderías y a los restaurantes. No existe trabajo forzado para las mujeres, quienes, al contrario, reciben los recursos para desempeñar sus funciones productivas.

Las barreras que separan a los grupos nacionales también se desmoronan. No hay razas sometidas en una sociedad socialista; no se trata a nadie como superior o inferior a causa de su color o nacionalidad. Todas las comunidades nacionales reciben ayuda para desarrollar sus recursos económicos, así como sus tradiciones literarias y artísticas.

La democracia no se limita a votar por un representante en el parlamento cada cinco años. En cada fábrica, en cada bloque de viviendas, en cada aspecto de la vida, hombres y mujeres configuran sus propias vidas y el destino de su país. Un número cada vez mayor de personas es incorporado a una u otra esfera de la vida pública y asume responsabilidades ante los demás. Se trata de una democracia mucho más plena y real que la que existe en la sociedad capitalista, donde la riqueza y los privilegios mediatizan constantemente la marcha de las instituciones democráticas.

La diferencia entre la ciudad y el campo va desapareciendo. Los trabajadores del campo aprenden a manejar la maquinaria y elevan su habilidad técnica al nivel de los obreros de la industria. La educación y la cultura, que antes sólo eran asequibles en las ciudades, se extienden también entre la población agrícola.

En suma, sobre la base de los cambios en las condiciones materiales que aporta el socialismo, se producen también profundos cambios en el desarrollo y en la mentalidad de los seres humanos. Serán personas con un desarrollo completo de sus capacidades, que estarán preparadas para hacer cualquier cosa.

Por encima de todo, la mentalidad individualista y egocéntrica alimentada por el capitalismo irá siendo sustituida gradualmente por una mentalidad auténticamente social, por un sentido de responsabilidad hacia la sociedad. Marx dijo: "El trabajo pasa a ser no sólo un medio de vida, sino la primera necesidad vital". En esta fase de la sociedad, en la fase comunista, no serán

precisos ya incentivos ni estímulos para el trabajo, porque los hombres y mujeres no tendrán otra idea que no sea la de desempeñar su papel en el ulterior desarrollo de la sociedad.

¿Es esto una utopía? Sólo puede ser considerado utópico por quienes no comprendan la base materialista del marxismo, que ha sido tratada en el capítulo II. Los seres humanos no tienen caracteres y modos de pensar fijos y permanentes. En la sociedad tribal primitiva, incluso en las formas que han sobrevivido hasta nuestros días, el sentido de responsabilidad hacia la tribu es muy elevado. Posteriormente, cuando ya se había producido la división de la sociedad en clases, el sentido de la responsabilidad social se perdió, pero se conservó parcialmente en cierto sentimiento de responsabilidad hacia la clase. En la sociedad capitalista se produce la más extremada desintegración de la responsabilidad social: el sistema hace de la máxima cada uno para sí el principio más importante de la vida.

Pero incluso en el seno de la sociedad capitalista se manifiesta entre los obreros la solidaridad, es decir, un sentimiento de la comunidad de intereses, una responsabilidad común. No se trata de una idea que alguien haya inventado y metido en las cabezas de los obreros; es una idea que brota de las propias condiciones de vida de la clase obrera, del hecho de que se ganen la vida de la misma manera, trabajando en análogas condiciones, unos al lado de otros. El ejemplar típico del individualista codicioso, por otra parte, el hombre que carece de toda responsabilidad social o colectiva, es el capitalista, rodeado de competidores, que lucha por sobrevivir aplastando a los demás. Naturalmente, las ideas de la clase dominante —la competencia y la rivalidad en lugar de la solidaridad— tienden a extenderse entre los obreros, especialmente entre los elegidos por el empresario para ocupar puestos mejor remunerados. Pero la base fundamental de la mentalidad de cualquier clase (que no es lo mismo que la de sus miembros individuales) radica en las condiciones materiales de su existencia, en la manera como se gana la vida.

De ahí se sigue que la mentalidad de los hombres puede cambiar si cambian sus condiciones materiales, su manera de ganarse la vida. No podría hallarse un ejemplo mejor que el cambio acontecido en la mentalidad del campesinado de la Unión Soviética. Todos los escritores que habían hablado de los campesinos de la Rusia zarista los habían descrito destacando su individualismo egoísta y codicioso. Los adversarios de la revolución solían decir que los campesinos jamás podrían ser convertidos al socialismo, y que la revolución fracasaría en virtud de ellos.

Y es cierto que la mentalidad del campesinado era tan limitada, tan rígidamente determinada por sus antiguas condiciones de vida, que estos nunca habrían podido ser “convertidos” al socialismo mediante argumentos o doblegados a él por coacción. Lo que estos escépticos adversarios no comprendían, dado que no eran marxistas, era que una granja modelo o una estación de tractores en las inmediaciones les haría ver en la práctica que podían obtener mejores cosechas mediante los métodos de cultivo en gran escala. Fueron ganados a la mecanización y a otros métodos que sólo podían ponerse en práctica con la supresión de los cercos en sus parcelas individuales y con la instauración del trabajo colectivo. Y esto, a su vez, hizo que se desmoronara el separatismo de su mentalidad. Se establecieron sobre una base colectiva y se convirtieron en un nuevo tipo de campesinado, en un campesinado colectivo, con un sentido de responsabilidad colectiva, lo cual significa ya un buen trecho en el camino hacia una mentalidad plenamente colectiva.

Así pues, cuando en cualquier país la base material es la producción y la distribución socialistas, cuando la gente se gana la vida trabajando para la sociedad en su conjunto, entonces el sentido de la responsabilidad social, por así decir, se desarrolla naturalmente; la gente no necesita ya que la convenzan de que el principio de la solidaridad es bueno. No se trata ya de un deber moral abstracto que ha de sobreponerse a los deseos instintivos que brotan de la “naturaleza humana”; la misma naturaleza humana se transforma por la práctica, por la costumbre.

Hasta ese momento, hemos dejado de lado las implicaciones de una sociedad socialista o comunista que abarque el mundo entero. Un sistema mundial del socialismo significará el fin de las guerras. Cuando la producción y la distribución de todos los países se organicen sobre las bases socialistas, no habrá en ningún país ningún grupo que tenga el menor interés en conquistar otras naciones. Los países capitalistas conquistan países relativamente atrasados para extender el sistema capitalista, para abrir a la oligarquía financiera nuevas oportunidades de inversión rentable; para firmar nuevos contratos para la construcción de ferrocarriles y puertos, y quizá para la venta de nueva maquinaria de minas; para obtener, por último, nuevas fuentes de materias primas baratas y para abrir nuevos mercados. Las sociedades socialistas no harán la guerra porque ni ellas mismas ni ningún sector particular de ellas podrán sacar ningún provecho de una conflagración.

Por la misma razón, ningún Estado socialista tendrá el mínimo interés en mantener en el atraso a ningún país. Al contrario, cuanto más desarrolle cada país su industria y su nivel cultural, tanto mejor será para los países socialistas. A medida que aumente el nivel medio de vida en el mundo, se podrán ir satisfaciendo más cumplidamente las necesidades de cada país. Por consiguiente, los países socialistas que están industrialmente avanzados ayudarán a los más atrasados a desarrollarse. Este principio se materializa hoy en la ayuda que da la Unión Soviética a los países industrialmente poco desarrollados.

En un tal sistema socialista mundial, los ulteriores avances que el hombre pueda hacer desafían la imaginación más fértil. Contando con una planificación completa de la vida económica en todos los países y con un plan mundial que coordine los de cada país entre sí, contando con descubrimientos científicos e inventos técnicos compartidos inmediatamente por todas las naciones, y con el intercambio de toda clase de producciones culturales, el hombre daría sin ninguna duda pasos de gigante en el camino del progreso.

Cabe preguntarse: ¿hacia qué meta? Marx nunca intentó profetizar, ya que las condiciones son demasiado complejas para cualquier previsión científica. Pero esto está claro: con el establecimiento del comunismo en todo el mundo, habrá llegado a su término el largo capítulo de la historia de las divisiones y luchas de clases. No habrá ninguna otra división en clases, ya que en una sociedad comunista no hay nada que pueda dar lugar a ella. La división en clases en un tiempo en que la producción humana era baja servía para promover a las minorías destinadas a la organización social y al descubrimiento de las fuerzas productivas superiores; bajo el capitalismo, la división en clases siguió cumpliendo esta función y contribuyó a concentrar la producción y a mejorar considerablemente la técnica.

Pero en un momento en que el hombre ha logrado crear unas fuerzas productivas tan poderosas que trabajar unas pocas horas al día es suficiente para cubrir las necesidades, la división en clases puede acabarse y debe acabarse. Desde entonces en adelante, el hombre reanudará su lucha con la naturaleza, pero esta vez con la ventaja de su parte. El hombre no intentará ya vencer a la naturaleza con la magia ni evitar los desastres naturales con plegarias, ni avanzará ciegamente, a tientas, a través de guerras y conflictos de clases, sino que caminará seguro de sí mismo y lleno de confianza en su poder para dominar las fuerzas de la naturaleza; así es el hombre de la sociedad comunista, tal como lo describió Marx.

VII. La concepción marxista de la naturaleza

Ya se ha dicho que el marxismo ve a los seres humanos y, por consiguiente, a la sociedad humana como una parte de la naturaleza. El origen del hombre ha de hallarse, pues, en el desarrollo del mundo: el hombre se desarrolló a partir de formas previas de vida, y en el curso de su evolución fueron apareciendo el pensamiento y la acción consciente. Esto significa que la materia, es decir, la realidad desprovista de conciencia, existía antes que el espíritu, que es la parte consciente de la realidad. También significa que la materia, la realidad exterior, existe independientemente del espíritu. Esta concepción de la naturaleza se denomina materialismo.

La opinión contraria, que afirma que el mundo externo no es real, que sólo existe en el espíritu que lo piensa o en el espíritu de algún ser superior, se llama idealismo. El idealismo se presenta bajo muy diversas formas, pero todas ellas se basan en la creencia de que el espíritu, ya sea el humano o el divino, es la realidad primaria, y que la materia, si es que tiene alguna clase de realidad, es algo secundario. Pero, para los marxistas, “la concepción materialista del mundo es simplemente la concepción de la naturaleza tal como es, sin reserva alguna” (Engels). El mundo externo es real, existe independientemente de si lo conocemos o no, y su movimiento y desarrollo se rigen por leyes que pueden ser descubiertas y usadas por el hombre pero que no obedecen a la acción de ningún espíritu.

El idealismo, por su parte, debido a que considera que la realidad externa o materia es una realidad secundaria —supuesto que tenga alguna clase de realidad—, sostiene que nunca podemos llegar a conocer la realidad, que nunca podemos comprender los “misteriosos caminos” del mundo.

¿Por qué razón es tan importante la controversia entre el materialismo y el idealismo? Porque no es meramente un asunto de especulación y de pensamiento abstracto; en último análisis, atañe a la práctica. El hombre no sólo contempla la naturaleza exterior, sino que además la cambia, y se cambia a sí mismo a la vez.

En segundo lugar, el punto de vista materialista significa también que aquello de lo cual el espíritu toma conciencia es de la realidad exterior; las ideas son abstractas, sacadas de la realidad, tienen su origen en la realidad exterior. Naturalmente, esto no quiere decir que todas las ideas sean verdaderas, es decir, reflejos correctos de la realidad; la experiencia es la prueba de su adecuación a lo real, de su veracidad.

Los idealistas, por otra parte, creen en principios eternos válidos, y no sienten la necesidad de adecuarlos a la realidad. Un ejemplo de ello es el pacifismo absoluto. El pacifista integral, movido por una interpretación escuetamente lógica, ignora las condiciones del mundo real que le rodean; es un asunto sin importancia para él que en la realidad, en la experiencia de la vida actual, la violencia sea un hecho que no puede ser conjurado por un mero acto de voluntad; que en la realidad y según nos muestra la experiencia, la no resistencia a la fuerza desencadena una mayor fuerza, una mayor agresión y brutalidad. El fundamento de un pacifismo absoluto de esta clase es una concepción idealista del mundo, una incredulidad respecto a la realidad externa, aun cuando el pacifista en cuestión no sea consciente de ello.

El marxismo, por consiguiente, basa sus teorías en la concepción materialista del mundo, tratando de descubrir las leyes que gobiernan el mundo y —puesto que el hombre es una parte integrante de la realidad— las leyes que rigen el desarrollo de las sociedades humanas. A todos sus descubrimientos y todas sus inferencias los pone a prueba mediante la experiencia, y rechaza o modifica las conclusiones o teorías que, por decirlo brevemente, no concuerdan con los hechos.

Esta manera de abordar las cosas (que incluye siempre a la sociedad humana) pone de manifiesto ciertos rasgos generales que son reales y no impuestos por el espíritu; la concepción marxista es enteramente científica, sacada de la realidad; no es un "sistema" inventado por algún inteligente pensador. El marxismo comprueba que el mundo es material y descubre que tiene ciertas características que se resumen en el término dialéctica. La expresión materialismo dialéctico, que designa la concepción marxista del mundo, se considera a menudo misteriosa. En realidad no lo es, puesto que es un reflejo del mundo real, y la palabra dialéctica puede explicarse describiendo cosas habituales y corrientes que todo el mundo puede reconocer.

En primer lugar, la naturaleza o el mundo, incluyendo a la sociedad humana, no se compone de entidades totalmente distintas e independientes. Los científicos lo saben muy bien, y una de las mayores dificultades que se les presentan es la de tener en cuenta los factores generales que puedan afectar incluso a las cosas más concretas y particulares que investigan. El agua es agua; pero si su temperatura se eleva hasta cierto punto (que varía con la presión atmosférica), se convierte en vapor; si su temperatura desciende, se transforma en hielo; toda clase de factores la afectan de un modo u otro. Cualquier persona puede darse cuenta, si examina cuidadosamente la realidad, que, por decirlo así, nada tiene una existencia totalmente independiente, que todo depende de otras cosas.

Ciertamente esta interdependencia puede parecer tan obvia que puede dar la sensación de que no hay que razón alguna para llamar la atención sobre ella. Pero, de hecho, la gente no siempre reconoce la interdependencia de las cosas. No se da cuenta de que lo que puede ser cierto en determinadas circunstancias puede no serlo en otras distintas, y aplica constantemente unas ideas válidas para unas condiciones a otras condiciones completamente diferentes. Tenemos un buen ejemplo en la "diplomacia de los cañoneros". En los primeros tiempos del imperialismo, el envío de un cañonero para intimidar a los caudillos locales era suficiente. Pero en nuestros días, cuando todo el sistema colonialista está amenazado, la diplomacia de los cañoneros ya no sirve, con gran pesar por parte de los halcones imperialistas.

La visión dialéctica percibe también que no hay nada en el mundo que sea verdaderamente estático, que todo se mueve, se transforma, ya sea creciendo y desarrollándose o bien declinando y desapareciendo. Todo el conocimiento científico lo confirma. La tierra misma está cambiando constantemente. El hecho es más obvio en el caso de los seres vivos. Por consiguiente, es esencial para toda investigación realmente científica de la realidad que se aperciba de estos cambios y no que aborde el objeto de su estudio como si se tratara de algo eternamente fijo y duradero.

De nuevo podemos preguntarnos por qué se considera tan importante destacar este rasgo de la realidad, que aparece con tanta evidencia una vez formulado. La respuesta es que en la práctica no se tiene en cuenta cuando se reflexiona sobre la realidad, en particular sobre la sociedad humana. Mucha gente cree que la producción con miras a una ganancia es un rasgo permanente de la sociedad humana. Y ciertamente, la idea de que "no hay nada nuevo bajo el sol" está muy extendida y constituye un obstáculo al desarrollo de los individuos y de las sociedades.

Otra consecuencia se desprende de la clara toma de conciencia de que todo cambia, en el sentido del desarrollo o en el de la muerte: es para nosotros de la mayor importancia práctica reconocer el estadio de desarrollo alcanzado por las cosas que nos atañen. El granjero lo tiene en cuenta cuando va a comprar una vaca; lo mismo le ocurre al que va a adquirir una casa; de hecho, en los más sencillos asuntos prácticos de la vida nadie ignora esta ley general. Pero por desgracia, no pasa lo mismo cuando se trata de las instituciones humanas, y especialmente del sistema de producción y de las ideas relacionadas con él —punto que se desarrollará más adelante.

Hemos hablado, como rasgos evidentes de la realidad, de la interdependencia de todas las cosas y del hecho de que éstas se hallan en un proceso constante de cambio. El tercer carácter que incluye la visión dialéctica de la realidad no es tan obvio, aunque es fácil de reconocer una vez formulado.

Es el siguiente: el desarrollo que se produce en las cosas no es suave y gradual, sino que en determinados puntos procede mediante rupturas bruscas. Un desarrollo suave y gradual puede tener lugar durante un largo tiempo, durante el cual el único cambio consiste en que hay más de un determinado aspecto de la cosa. Volviendo al ejemplo del agua, mientras la temperatura se eleva, el agua sigue siendo agua, con todas las propiedades del agua; sólo aumenta la cantidad de calor que hay en ella. Del mismo modo, cuando la temperatura disminuye, el agua sigue siendo agua; sólo decrece la cantidad de calor.

Pero en determinado punto de este cambio, en el punto de ebullición o en el de solidificación, se produce una transformación brusca; el agua cambia completamente de cualidades: deja de ser agua para convertirse en vapor o hielo. Esta característica de los cambios es particularmente frecuente en la química, en cuyas reacciones una variación en la cantidad de alguno de los elementos que entran en ellas puede cambiar completamente el carácter del resultado.

En la sociedad humana tienen lugar cambios graduales durante largos períodos sin que haya ningún cambio fundamental en el carácter de la sociedad. En determinado momento se produce una ruptura, una revolución: la antigua forma de la sociedad es destruida y surge una nueva forma que inicia su propio proceso de desarrollo. Así, en la sociedad feudal, basada en la producción local destinada al consumo local, la compra y venta de productos excedentes llevaba a la producción de objetos para el mercado y, a la postre, a los inicios de la producción capitalista. Todo este proceso era gradual; pero llegó un momento en que la clase capitalista ascendente entró en conflicto con el orden feudal, lo derrocó, y transformó las relaciones de producción. La sociedad capitalista substituyó al feudalismo y comenzó un desarrollo más tempestuoso.

El cuarto rasgo de la dialéctica es la concepción de lo que mueve este desarrollo, que, como hemos visto, es universal. La interpretación dialéctica de la realidad muestra que las cosas no son simples ni se limitan a un solo aspecto. Cada cosa tiene su lado positivo y su lado negativo; todo tiene en su interior caracteres que se están desarrollando, que se hacen dominantes, mientras que otros se van perdiendo o convirtiéndose en subalternos. Uno de los caracteres se va extendiendo siempre, mientras que el otro se resiste a extenderse. Es el conflicto entre estos opuestos, la lucha del factor ascendente para destruir la dominancia del otro, y la del factor dominante para impedir que el otro se desarrolle, lo que mueve el proceso de transformación, que termina por último en una violenta ruptura.

Esto se ve con la máxima claridad en la sociedad humana. En cada fase histórica ha habido división en clases, de las cuales una se halla en proceso de expansión y la otra, en fase declinante. Este era el caso en la sociedad feudal, donde se hallaba en germen el capitalismo, el cual, a medida que iba creciendo, entraba más y más en conflicto con el feudalismo. Lo mismo ocurre en el período capitalista en que el sector ascendente de la sociedad es la clase obrera, que tiene el futuro en sus manos. La sociedad capitalista no es inmutable. A medida que se desarrollan los capitalistas, se desarrollan también los obreros, y crece el conflicto entre estas clases. Es este conflicto, esta contradicción interna del capitalismo, junto con las batallas concretas que se libran como consecuencia de ella, lo que conduce en último extremo a una brutal ruptura: la transformación revolucionaria de la sociedad.

Ahora nos es posible reunir las diversas ideas implicadas por la expresión materialismo dialéctico. Es una concepción que sostiene que la realidad existe independientemente de nuestra conciencia de ella; que esta realidad no se compone de fragmentos aislados, sino que todas sus partes son interdependientes; que no es estática, sino que está en movimiento, que

se desarrolla y muere; que este desarrollo es gradual hasta un determinado momento en el que se produce un salto brusco y aparece algo nuevo; que el movimiento tiene lugar a causa de las contradicciones internas, y que la ruptura brusca significa la victoria del factor ascendente sobre el declinante.

Esta concepción del mundo, que incluye una concepción de la sociedad, es lo que distingue más claramente el marxismo de cualquier otra interpretación de la realidad. Desde luego, el materialismo dialéctico no es algo que esté por encima de la realidad, no es ninguna filosofía arbitrariamente elaborada dentro de cuyos moldes se pretenda hacer coincidir la realidad. Por el contrario, pretende ser la representación más adecuada del mundo y proceder del saber y de la experiencia acumulados por el hombre. Es algo que está en la mente de sus partidarios porque está en el mundo exterior: es la forma real de las cosas.

Los descubrimientos científicos van confirmando cada vez más esta afirmación. Los científicos que observan la naturaleza bajo una perspectiva dialéctica se dan cuenta de que ayuda a descubrir nuevos hechos y a explicar cosas que parecían inexplicables. Pero además, en el actual período de desarrollo humano, la visión del materialismo dialéctico tiene una enorme importancia para la sociedad.

Los ejemplos aducidos en este mismo capítulo muestran la diferencia de puntos de vista que separa al marxista del no marxista en relación con el desarrollo de la sociedad y con las ideas que brotan de este desarrollo. Hay más ejemplos en los otros capítulos. Pero el problema de la naturaleza de lo real tiene tanta importancia práctica en la vida y en las acciones de los hombres que vale la pena un examen más preciso.

Más arriba se señalaba que la concepción materialista afirma que la materia, la realidad exterior, se considera lo primario, mientras que el espíritu se considera algo derivado, algo que brota a partir de lo material. De ahí se sigue que la existencia física del hombre y, por ende, de los medios por los cuales se conserva y se reproduce, es previa a las ideas que el hombre tiene acerca de su propia vida y de su forma de vivir. En otras palabras, la práctica precede a la teoría. El hombre se consigue un medio de vida mucho antes de que empiece a pensar sobre él. Pero también las ideas, cuando surgen, se asocian con la práctica. Dicho de otro modo, la teoría y la práctica van unidas. Esto no sólo ocurre en los períodos más primitivos, sino en cualquier época. Los medios prácticos por los cuales los hombres cubren sus necesidades son la base de sus ideas. Sus ideas políticas tienen la misma raíz. Sus instituciones políticas son fruto del propósito práctico de preservar el sistema de producción, y no de principios abstractos. Las instituciones e ideas de cada época histórica son el reflejo de la actividad práctica llevada a cabo en aquel momento. No tienen una existencia ni una historia independientes; no se desarrollan, por decirlo así, de idea en idea, sino de acuerdo con los cambios operados en el modo de producción. Nuestros hábitos sustituyen a los viejos y hacen surgir nuevas ideas.

Sin embargo, las viejas ideas e instituciones persisten al lado de las nuevas. Ciertas ideas propias de la sociedad feudal, tales como el respeto por el monarca y por la nobleza, tienen todavía una vigencia en la Gran Bretaña capitalista de hoy. Junto a ellas tenemos ideas propias del sistema de producción capitalista, algunas de las cuales son modificaciones de otras más antiguas, como el respeto a la riqueza sin consideración a la nobleza de la cuna. Por último, hallamos ideas socialistas, derivadas principalmente del hecho de que la producción, bajo el capitalismo, toma un carácter cada vez más social, más independiente. Estas tres clases de ideas se mezclan en la sociedad de nuestros días. Ninguna de ellas es definitiva y absolutamente cierta, ni válida para la eternidad.

Esto no quiere decir, sin embargo, que el marxismo las considere a todas igualmente irreales. Muy al contrario, el marxismo considera que las ideas feudales están totalmente periclitadas (decaídas, debilitadas), que las capitalistas están declinando y que las socialistas son las que van adquiriendo validez. Mejor dicho, la han adquirido ya después de 1917, puesto que ha sido

posible poner a prueba en la práctica los programas socialistas y comprobar que concuerdan con la realidad. Su principal premisa, a saber, que la vasta y compleja maquinaria de producción de nuestro tiempo puede organizarse en vistas al consumo y no a la ganancia, ha sido confirmada por la práctica. La experiencia ha demostrado, además, que esto significa un enorme incremento de la producción, la abolición de las crisis y un aumento continuo del nivel de vida del pueblo. En otras palabras, las ideas socialistas, desarrolladas científicamente por Marx a partir de la observación del desarrollo económico y social, se mantuvieron hasta 1917 al nivel de hipótesis científicas. Desde entonces, la experiencia las ha confirmado como ciertas.

La acción consciente del Partido Comunista ruso, cuya ideología es el marxismo, logró derribar el viejo sistema y establecer el nuevo. A partir de aquel momento, el pueblo ruso —que en su inmensa mayoría tenía ideas no marxistas— empezó a experimentar el nuevo sistema y a hacerse socialista en la práctica. Sobre esta base, la labor educativa de los partidarios de la teoría socialista dio rápidamente sus frutos, y la combinación de la práctica con la educación transformó rápidamente la mentalidad y las ideas de todo el pueblo.

Hay que dejar en claro que el marxismo no reclama para su concepción del mundo, el materialismo dialéctico, más que una ventaja: la de que dicha interpretación de la realidad ayuda a los investigadores en cada campo de la ciencia a ver y comprender los hechos. No nos dice nada acerca de los detalles, que han de constituir el objeto de un estudio especial en cada uno de los campos. El marxismo no niega que pueda construirse un cuerpo considerable de verdades científicas mediante el estudio de los hechos aislados. Pero afirma que cuando se examinan en su interdependencia, en su desarrollo, en el cambio de cualidad que sigue a sus cambios cuantitativos y en sus contradicciones internas, la verdad científica que resulta es mucho más válida, mucho más cierta y, por consiguiente, mucho más útil para la humanidad.

Esto vale también para la ciencia de la sociedad. El estudio de hombres y mujeres individualmente considerados, o incluso de una sociedad situada en un lugar y un tiempo determinados, puede llevar a conclusiones de un alcance sólo muy limitado. Estas conclusiones no pueden aplicarse a otras sociedades, y ni siquiera a la misma sociedad en otra época. Lo que da al estudio marxista de la sociedad su valor especial es que se refiere a la sociedad, no sólo tal como existe aquí y ahora (lo cual es, naturalmente, esencial), sino tal como ha existido en el pasado y tal como se está desarrollando como consecuencia de sus contradicciones internas. Esto da a los seres humanos la posibilidad de adecuar conscientemente sus acciones a un proceso que está teniendo actualmente lugar, a un movimiento que, como dijo Marx: “se está desarrollando ante nuestros ojos”. Además, nos proporciona una guía para nuestras acciones, guía que no puede provenir de ningún principio ni de ningún punto de vista abstracto, por cuanto éstos representan de hecho alguna concepción estática del pasado.

VIII. Una guía para la acción

En una de sus obras de juventud, Marx escribió: “Hasta ahora, los filósofos se han limitado a interpretar el mundo de diversas maneras; se trata ahora de transformarlo”. Para Marx, ahí radicaba lo esencial de su concepción del mundo. El marxismo no es una filosofía académica, sino un saber que permite al hombre transformar el mundo.

No basta con saber que el capitalismo es tan sólo una fase pasajera y que ha de dar paso al socialismo, ya que esto no ocurre meramente por la fuerza de las cosas, como consecuencia de cambios puramente económicos. Pese a las numerosas crisis producidas y pese a los enormes sufrimientos provocados por el capitalismo, no ha habido ninguna ocasión en que el capitalismo se haya convertido automáticamente en socialismo, así como el agua se transforma en hielo cuando su temperatura desciende por debajo de los cero grados centígrados. La humanidad no salta de un sistema de producción a otro a menos que la acción de los hombres provoque el cambio. El marxismo, el socialismo científico, saca de la experiencia de la humanidad el saber que puede guiar la actividad de los hombres hacia este fin.

Desde el capítulo II ha quedado claro cuál era para Marx el tipo de actividad que produce los cambios sociales: la lucha de clases, y en la actual fase histórica, la lucha de la clase obrera contra la capitalista. Pero esta fórmula general ha de ser interpretada empíricamente en cada caso concreto y aplicada a las condiciones de cada país y de cada momento histórico de acuerdo con sus peculiaridades.

Marx estuvo trabajando constantemente en esta cuestión, no de un modo abstracto, sino estudiando lo que estaba ocurriendo en su tiempo, y contribuyendo activamente en la creación de los diversos tipos de organizaciones obreras de los que creía que debía depender todo progreso humano futuro. El famoso *Manifiesto Comunista* de 1848 fue el manifiesto de la Liga de los Comunistas, organización en la que Marx fue durante años un miembro activo. La Asociación Internacional de Trabajadores, conocida actualmente como la Primera Internacional, fue fundada en 1864 gracias a sus esfuerzos. Marx estaba en estrecho contacto con el movimiento obrero británico de su tiempo, así como con los movimientos de clase obrera de otros países.

En aquellos días, sólo una exigua parte de la clase obrera estaba organizada en sindicatos y cooperativas, y no existía partido obrero en ningún país. En la mayoría de los países apenas existía siquiera una clase obrera. Fuera de la Gran Bretaña, la industria capitalista se hallaba tan sólo en sus fases primeras, y en muchos países la creciente clase capitalista todavía luchaba por afianzarse frente a la aristocracia feudal o sus reliquias.

Hacia finales del pasado siglo, se desarrollaron partidos de la clase obrera en varios países europeos y obtuvieron escaños en los parlamentos. En Gran Bretaña, el Partido Laborista se construyó justo a comienzos de este siglo, aunque sus dirigentes, en cuanto a ideas, más que socialistas eran meros radicales.

A principios de este siglo, cuando el capitalismo alcanzó la fase imperialista descrita en el capítulo IV y se abrió “la época de las guerras y las revoluciones”, la estrategia y la táctica de la lucha de clases tuvo que desarrollarse más allá del punto en que Marx y Engels las habían elaborado mientras vivían. Lenin fue quien aplicó el marxismo a la época del imperialismo.

Según mostró Lenin, el viejo tipo de partidos políticos de la clase obrera, cuya actividad era casi exclusivamente parlamentaria y propagandística, ya no era adecuado para la nueva época. El derrocamiento del capitalismo se había puesto a la orden del día. Esto requería un partido de nuevo tipo, un partido capaz de combinar la lucha parlamentaria con la lucha en las fábricas y

en las calles: un partido que aspirara a conducir a la clase obrera hacia el derrocamiento del capitalismo y la edificación del socialismo.

Marx había señalado repetidamente que una clase que derrota a otra clase en el poder necesita la ayuda de otros sectores de la población. La clase obrera no vive en el vacío; a su alrededor hay un mundo muy determinado y muy real que incluye a otras clases y capas, distintas según las épocas y según los países. Para un partido obrero de nuevo tipo, el problema estratégico más importante consiste en no sólo ganarse a la clase obrera sino también a otros sectores del pueblo para llevar a cabo conjuntamente la lucha contra la clase que en cada país y en cada momento histórico representa el principal obstáculo al proceso social.

La teoría de la alianza del proletariado con otras clases y capas contra el enemigo principal, que Lenin llevó a la práctica en el marco de las condiciones particulares de Rusia, ha tenido un importante significado para el ulterior desarrollo del marxismo como instrumento teórico de la actividad revolucionaria de la clase obrera.

La clase obrera es la única que lucha decididamente contra el capitalismo; a medida que el capitalismo se extiende, esta crece en número y organización, y es una víctima directa de la explotación capitalista. Por consiguiente, la idea de una alianza contra la clase capitalista implica necesariamente que la clase obrera ha de ser el núcleo de la alianza, su fuerza dirigente. Pero la clase obrera, a su vez, necesita la alianza, aunque sólo sea porque en la lucha entre burgueses y proletarios, las demás capas se inclinan a uno u otro bando, de modo que conseguir su alianza equivale, para la clase obrera, a privar de su apoyo a los capitalistas.

Las condiciones se van haciendo más favorables a una alianza entre los obreros y las demás clases y capas contra el enemigo del progreso social porque en la fase monopolística del capitalismo, el poder económico —y por ende, el poder político— se concentra más y más entre las manos de exiguas minorías de multimillonarios. Es cierto que la clase capitalista ha contado siempre con individuos más ricos que otros, pero en la etapa de los monopolios mundiales, los grandes capitalistas se ven distanciados por un abismo de la masa de empresarios pequeños y medios. El interés de los monopolistas por extender su influencia en la industria y el comercio, por conquistar nuevos territorios que explotar y por tratar con las oligarquías rivales de otros países (repartiéndose con ellas los mercados, firmando acuerdos para fijar los precios o luchando con ellas mediante medidas aduaneras e incluso mediante guerras), entra en conflicto directo con los intereses de los pequeños y medianos comerciantes y empresarios. Estos sienten que van siendo expulsados del mundo de los negocios por los monopolistas. Paulatinamente, primero, sólo de uno en uno, pero a veces también en grupo, los comerciantes, empresarios y campesinos pequeños y medios llegan a la conclusión de que los monopolistas son su principal enemigo.

Es importante destacar que esta oposición no sólo se desarrolla sobre bases directamente económicas. Los monopolios económicos, con el expolio inevitable al que someten a la clase obrera y a los pueblos coloniales, así como también a la burguesía no monopolista, tienden a practicar una política reaccionaria tanto en el interior como en el exterior. La burguesía no monopolista y las capas medias, los trabajadores profesionales y un amplio sector de la intelectualidad, educados en las tradiciones liberal y democrática asociadas con anteriores etapas del desarrollo capitalista, se vuelven contra los monopolistas que violan dichas tradiciones. Tenemos un claro ejemplo de ello en la amplia oposición a la dictadura abierta y terrorista del fascismo, que suprimió todas las organizaciones e instituciones democráticas y violó los principios humanos más universalmente aceptados.

En tales circunstancias, en que el fascismo aparecía a los ojos de gentes de círculos muy amplios como el principal enemigo que se oponía a la paz y al progreso social, los intereses de los obreros y de las capas medias coincidían, y fue posible formar una amplia alianza —un Frente Popular— contra el fascismo.

No puede haber auténticas alianzas que no se establezcan sobre la base de cuestiones en las cuales coincidan los intereses de los trabajadores con los de los otros sectores del pueblo. No se trata de que unos u otros abandonen sus propios intereses particulares, ni de que engañen a sus aliados respecto de sus propósitos y objetivos reales. La esencia de la alianza de clases consiste en que, en determinadas circunstancias y en momentos especiales, los intereses de los aliados coinciden. Esto fue lo que llevó a que los obreros, campesinos, las capas medias, la pequeña y media burguesía y los grupos nacionalistas españoles se aliaran en 1936 contra los grandes terratenientes y banqueros que apoyaban al general Franco.

La historia proporciona también muchos ejemplos de frentes nacionales que abarcan a casi todos los sectores del pueblo en su lucha contra los conquistadores o invasores extranjeros, como fue el caso de la Segunda Guerra Mundial. Los frentes nacionales se constituyen siempre en el curso de las luchas de los pueblos coloniales para liberarse del dominio imperialista extranjero. Al principio, estas luchas de liberación nacional están encabezadas habitualmente por la naciente clase capitalista criolla. Ahora bien, el desarrollo del capitalismo en un país colonial, junto con las inversiones de los capitalistas extranjeros, da lugar a la aparición de una clase obrera; y a medida que esta crece en número y en organización, va tomando una parte cada vez más importante en la lucha de liberación. La creación de partidos marxistas impulsa este proceso, que luego se acelera al comprobarse que una parte de los capitalistas anteriormente integrados en los movimientos de liberación llega a pactar con los imperialistas y se opone, al lado de estos, al avance popular.

El caso de China ilustra este aserto. En 1911, la revolución “burguesa” dio un paso importante frente a la vieja clase feudal dominante, apoyada por los imperialistas extranjeros. En la tercera década de este siglo, se había desarrollado en las ciudades industriales y en los puertos una clase obrera con una fuerza y una organización considerables. En 1921 se fundó el Partido Comunista. La fuerza principal que impulsó el movimiento de liberación nacional durante todo este período fue el partido llamado Kuomintang, creado en 1919 por Sun Yatsen; pero la fuerza de choque contra el dominio imperialista pasó a ser cada vez en mayor medida la clase obrera, que realizó grandes huelgas y manifestaciones en los centros industriales durante los años 1924, 1925 y 1926. Tras la muerte de Sun Yatsen en 1925, los ejércitos del Kuomintang —con el completo apoyo de la clase obrera y del Partido Comunista— marcharon hacia el norte desde Cantón con el propósito de unificar a China y emprender la realización de reformas sociales. Sin embargo, en abril de 1927, Chiang Kai-shek, el jefe militar de los ejércitos del Koumingtang, llegó a un acuerdo con los imperialistas extranjeros y se volvió contra el Partido Comunista y contra la clase obrera. Desde aquel entonces, el movimiento de liberación nacional marchó bajo la dirección, no del Kuomintang, sino del Partido Comunista, lo cual no fue obstáculo para que en determinados momentos de la posterior lucha contra los invasores japoneses se restableciera de nuevo un frente común nacional.

El principio de la alianza de la clase obrera con otras capas populares contra el enemigo principal surgió de la propia lucha en los países capitalistas y en los coloniales y semicoloniales. En realidad, la teoría marxista es una generalización extraída de la experiencia que, como toda teoría científica, se desarrolla o se modifica con la ulterior experiencia. En el curso de la Segunda Guerra Mundial, y particularmente después de terminada esta, las nuevas experiencias habidas en muchos países llevaron a muchos desarrollos de extrema importancia para la teoría de las alianzas y la estrategia de la clase obrera en la lucha por el socialismo.

En los países europeos ocupados por los imperialistas nazis durante la guerra, surgieron movimientos de resistencia nacional cuyo puntal era la clase obrera y que estaban encabezados por los partidos comunistas, pero que abarcaban a todos los sectores del pueblo, exceptuando a los Quisling, los traidores de la patria. Entre estos traidores destacaban algunos grandes capitalistas y terratenientes, que pactaron con los conquistadores nazis para conservar sus

privilegios y ganancias. Por otro lado, la mayor parte de la burguesía no monopolista y de las capas medias se unió a los obreros y campesinos para liberar al país de la ocupación alemana.

Con la derrota militar de los nazis y la liberación de los países ocupados, esta alianza nacional en cada país se convirtió en la base del gobierno provisional, dentro del cual tenían un paso importante los partidos de la clase obrera —el comunista y el socialdemócrata. Los comités locales, constituidos sobre la base de la alianza nacional, pero más próximos a la masa de los trabajadores, incrementaron la influencia de la clase obrera y quebrantaron el anterior predominio de los grandes terratenientes y capitalistas. A causa de estos factores, los programas de los gobiernos tomaron un carácter progresista. En la Europa oriental, esto significaba la expropiación de los grandes latifundios y su reparto entre los campesinos, y la instauración, tanto en el plano local como en el nacional, de gobiernos democráticos en países que habían vivido siempre bajo dictaduras de carácter feudal o fascista. Esta fue la primera etapa de la constitución de democracias populares en la Europa oriental.

Los partidos comunistas de estos países se dieron cuenta de que este nuevo tipo de Estado y de gobierno podía convertirse en un instrumento susceptible de impulsar la transición del capitalismo al socialismo. Por una parte, los dirigentes de partidos burgueses y campesinos, así como algunos de los dirigentes socialdemócratas, no querían que se produjera ningún cambio social básico, y aspiraban a que el programa inicial de gobierno, que ellos habían aceptado bajo la presión popular, señalara el límite último de los cambios estructurales. Por otra parte, la mayoría de los trabajadores de la ciudad y el campo, exaltados por la victoria sobre el fascismo y sobre sus antiguos amos y por el hecho de contar por primera vez con plenos derechos políticos, apoyaban plenamente las medidas más radicales propugnadas por el Partido Comunista. Esto llevó a la fusión, en algunas partes, de los partidos comunista y socialdemócrata, que formaron un partido único de la clase obrera apoyado en el marxismo.

Mediante una serie de medidas parlamentarias apoyadas por una mayoría aplastante del pueblo, la industria y el comercio fueron nacionalizados y se desarrolló una economía planificada; se impulsó la colectivización de la agricultura; los puestos importantes en las fuerzas armadas, la administración y los organismos económicos estatales se proveyeron con partidarios del socialismo, en lugar de defensores del viejo orden.

La transición al socialismo a través de las democracias populares fue posible gracias a la ayuda de la Unión Soviética. Después de ser aplastados los ejércitos nazis por el ejército soviético y por los movimientos de liberación nacional de cada país, el gobierno provisional instaurado por este último pudo emprender la realización del programa revolucionario sin ninguna amenaza de intervención imperialista como la que había tenido que rechazar el gobierno soviético en los primeros días de su existencia. En lugar de encontrarse aisladas y ante la tarea de construir el socialismo en medio de un mundo hostil, como le había ocurrido a la Unión Soviética, las democracias populares, garantizadas contra cualquier intervención militar imperialista, recibieron de la Unión Soviética alimentos, materias primas y maquinaria, y se aprovecharon además de la enorme reserva de experiencias acumuladas por el pueblo soviético en cuanto a posibles soluciones a los problemas planteados por la construcción del socialismo. La confianza en la Unión Soviética también tuvo sus lados negativos, debido a las distorsiones a que fueron sometidos los principios socialistas, a las que ya nos hemos referido, y a la tendencia a copiar los métodos soviéticos sin tener en cuenta suficientemente las condiciones particulares de cada país. Pero esto no invalida el hecho de que los cimientos del socialismo se establecieron en estos países gracias a la ayuda soviética.

En China, después de la derrota de los japoneses en la Segunda Guerra Mundial, tuvo lugar un desarrollo hasta cierto punto similar al de las democracias populares. La lucha armada entre Chang Kai-shek y el gobierno comunista establecido en el noroeste de China se suspendió en cierta medida durante la guerra, en respuesta al llamamiento de los comunistas a favor de la

unidad nacional contra los japoneses. No obstante, cuando la guerra terminó, los esfuerzos del Partido Comunista por instaurar un gobierno democrático unido en el país hallaron la oposición de Chang Kai-shek, el cual, gracias a los enormes recursos militares y financieros puestos a su disposición por el gobierno de los Estados Unidos, reanudó la lucha armada contra el gobierno comunista. En 1949, Chang Kai-shek, derrotado y desprestigiado, huyó a Taiwán (Formosa), y el Partido Comunista reunió un consejo consultivo del pueblo para instaurar un nuevo gobierno. Se constituyó la República Popular China. Su régimen se basaba en la alianza entre la clase obrera, los campesinos, la pequeña burguesía urbana y la burguesía nacional (es decir, la denominada patriótica), en oposición a los grupos monopolistas o burocráticos del capitalismo nativo asociados con Chang Kai-shek. De este modo, la nación se unió contra el reducido grupo de traidores enriquecidos a expensas del pueblo, que se habían convertido en instrumentos de la política imperialista de los Estados Unidos. Las propiedades de los terratenientes se repartieron entre los campesinos; se revitalizaron la industria y el comercio bajo el control del gobierno, aunque en su mayor parte siguieran en manos de sus antiguos dueños; se establecieron instituciones democráticas en las ciudades y el campo. En suma, la República Popular quedó firmemente establecida en una China unida y democrática, y empezó la transformación económica del país —el establecimiento de la base para marchar hacia el socialismo—, bajo un gobierno de unidad nacional de amplia base dirigida por el Partido Comunista.

Estas experiencias de la Europa Oriental y de China ponen de manifiesto que han aparecido nuevas condiciones para resolver el problema del avance hacia el socialismo. En la crisis general del capitalismo, los grupos monopolistas se ven cada vez más empujados a tomar medidas desesperadas en sus esfuerzos por seguir expoliando a los pueblos. Fascismo, guerra, empeoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores: he aquí una de las caras de la situación. La otra cara es el crecimiento socialista mundial, la creciente resistencia de los trabajadores y los pueblos coloniales, y la capacidad de los partidos comunistas, gracias a su ideología marxista, para involucrar en la lucha contra los monopolistas no sólo a la clase obrera sino a la mayoría del pueblo. Tanto en los países capitalistas como en los coloniales, la oligarquía monopolista se halla cada vez más aislada, mientras que la alianza popular contra ella crece en extensión y en potencia en el curso de su lucha por la paz, la independencia nacional, la democracia y el mejoramiento de las condiciones de vida.

La victoria sobre los monopolios exige como primera condición la derrota del oportunismo dentro de las filas del movimiento obrero, ya que la experiencia histórica, incorporada por el marxismo, muestra que el camino hacia estadios superiores de la organización social pasa por la lucha de clases y no por la colaboración con los que mandan en una sociedad ya destinada a derrumbarse. No es una política pactista la que puede dar a la clase obrera la fuerza y la determinación irresistibles para llevar hasta el final su misión histórica, sino sólo una política obrera de clase y una lucha activa dirigida contra la política de los imperialistas.

Las lecciones fundamentales extraídas por Marx y Lenin de la experiencia del pasado siguen siendo válidas. La marcha hacia una forma superior de sociedad sólo puede proseguir a través de la lucha contra el capitalismo y el imperialismo; sólo puede mantenerse continuando esta lucha contra los residuos de la vieja clase dominante del país y contra los imperialistas extranjeros. La transformación de la sociedad sólo puede realizarse mediante la conquista del poder político. Esto requiere una alianza de todas las clases trabajadoras, encabezada por el proletariado, bajo la dirección de un partido revolucionario que haya asimilado las lecciones que el marxismo ha incorporado de la propia lucha de clases.

El camino hacia el socialismo no es un camino fácil, pero las dificultades no son hoy tan difíciles de superar, a causa de los profundos cambios que han tenido lugar en el mundo como consecuencia, principalmente, de la revolución de octubre de 1917. Mil millones de personas — más de un tercio de la humanidad— han roto ya con el pasado feudal y capitalista y están 63

edificando una nueva vida basada en el principio formulado por Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista* de que “el libre desarrollo de cada uno es la condición del libre desarrollo de todos”.

Toda la experiencia de los últimos años se ha resumido en la declaración hecha en la conferencia internacional de los partidos comunistas y obreros celebrada en Moscú en 1960: “El principal resultado de estos años es el rápido crecimiento de la poderosa influencia internacional del sistema socialista mundial, el vigoroso proceso de desintegración del sistema colonial bajo el impacto de los movimientos de liberación nacional, la intensificación de las luchas de clase en el mundo capitalista y el ininterrumpido proceso de decadencia y descomposición del sistema capitalista mundial”.

La declaración dice que el contenido primordial de nuestra época es la transición del capitalismo al socialismo; no se trata, sin embargo, de un proceso automático; se trata de una época de lucha entre dos sistemas sociales opuestos, de revoluciones socialistas y de liberación nacional, de la descomposición del imperialismo y de la abolición del sistema colonial, del paso al socialismo de un número creciente de pueblos y del triunfo del socialismo y el comunismo a escala mundial.

En este período, las principales tendencias y rasgos del desarrollo de la sociedad vienen determinados, no por el imperialismo, sino por el sistema socialista mundial y por las fuerzas que luchan contra el imperialismo. La unificación de los esfuerzos de todos estos frentes puede impedir que los imperialistas desencadenen una nueva guerra mundial. En estas circunstancias, el objetivo de los comunistas de todos los países no radica tan sólo en la abolición de la explotación y la pobreza en todo el mundo, para liquidar así toda posibilidad de guerra, sino también en librar a la humanidad de la pesadilla de una nueva guerra mundial.

En los países capitalistas hay condiciones favorables para unir a la clase obrera con amplios sectores de la población para luchar contra los monopolios, por la paz, el socialismo y los intereses vitales del pueblo; y en muchos países capitalistas hay la posibilidad de conquistar el poder estatal y llevar a cabo la revolución socialista sin guerra civil, aunque nunca pueda descartarse el recurso a la violencia por parte de las clases explotadoras.

Por último, la declaración registra el crecimiento de los partidos comunistas de 87 países, con un total de 36 millones de adherentes, y subraya la necesidad de la unidad comunista sobre la base de las enseñanzas de Marx y Lenin como la garantía de nuevas victorias en la lucha por un futuro feliz para la humanidad entera.

En los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, las potencias imperialistas tenían esperanzas de frenar este proceso por la fuerza e incluso, quizás, de aplastar a los países socialistas. Esta fue la justificación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte y del considerable programa de rearme adoptado por los Estados Unidos y por los países capitalistas de Europa occidental, así como del rearme de Alemania Occidental. Fue también la razón de que se ampliara esta alianza imperialista al Lejano Oriente (Asia oriental, el sudeste de Asia y Siberia oriental), con la Organización del Tratado del Sudeste Asiático, y de que Gran Bretaña intentara establecer una alianza similar en el Próximo Oriente (Oriente Medio) mediante el Pacto de Bagdad. En el mismo sentido, hay que situar los intentos de los círculos imperialistas más agresivos de los Estados Unidos por convertir la Guerra de Corea en una guerra contra China Popular, la intervención estadounidense en el Congo, sus frustrados intentos de aplastar la victoriosa revolución cubana y sus ataques indirectos contra los movimientos progresivos y de liberación nacional surgidos en toda Hispanoamérica y, sobre todo, su agresión masiva contra el pueblo vietnamita. Junto a estos esfuerzos del capitalismo internacional por detener la marea, Gran Bretaña ha empleado la fuerza en Malaya, Kenya, Guayana Británica, Chipre y Egipto. Holanda intentó, sin conseguirlo, reprimir el movimiento de independencia de Indonesia; Francia, derrotada en Indochina, se esforzó inútilmente por frenar el movimiento en Marruecos y Túnez, y emprendió una larga y cruenta lucha en Argelia.

Hay que destacar estos hechos para demostrar que la tesis marxista de que el capitalismo monopolista conduce a la guerra tiene plena vigencia. La interpretación de clase del marxismo permite a la clase obrera ver claramente, a pesar de toda la propaganda belicista, cuáles son las fuerzas que llevan a la guerra y las que luchan por la paz. Por un lado están los grupos imperialistas, especialmente los de los Estados Unidos, que se esfuerzan por expansionarse y recuperar para el capitalismo los países del campo socialista. Por otra parte, están los estados socialistas, cuyo progreso depende de la paz, junto con los pueblos coloniales que han conquistado su independencia y con aquellos que están todavía luchando por ella; y en los propios países capitalistas (incluyendo a los Estados Unidos) la gran mayoría del pueblo, que de la guerra y de las consecuencias económicas y políticas del rearme sólo obtiene pérdidas y perjuicios.

El hecho de que el imperialismo lleve a la guerra, ¿significa acaso que la guerra sea inevitable? La experiencia del pasado parece apoyar esta conclusión. Pero suponer que lo mismo ha de ocurrir en el futuro sería una interpretación dogmática que no tiene en cuenta el cambio de las condiciones, cuya consideración es precisamente uno de los puntos fundamentales del método marxista de análisis. Hoy en día, las condiciones no son las mismas. La tendencia hacia la guerra sigue en pie, como se pone de manifiesto tanto en la hostilidad imperialista hacia los países socialistas y en los conflictos internos dentro del mundo capitalista mismo, como en las guerras coloniales. Pero los nuevos factores, brevemente enumerados, son: la existencia de un poderoso campo socialista, con bombas nucleares a su disposición —lo cual significa que una guerra atómica equivaldría a una mutua destrucción; la existencia a escala mundial de un movimiento de liberación colonial que hace que no sea nada fácil para el imperialismo aislar y aplastar por separado a los países sometidos, como quedó patente en el caso de Egipto; por último, la activa oposición a la guerra dentro de los propios países capitalistas, tanto en el movimiento obrero como en las demás capas populares. Estos factores indican que la guerra ha dejado de ser inevitable y que puede conjurarse mediante la acción consciente de los pueblos y la política de paz de los países socialistas y de las naciones coloniales recién liberadas. Se ha hecho posible una coexistencia pacífica sobre la base del respeto mutuo en cuanto a la soberanía, de la no agresión y la no injerencia en los asuntos internos de otros países, de la igualdad y el mutuo beneficio en toda clase de relaciones, y de la cooperación económica.

Los profundos cambios en la correlación de las fuerzas de clase en todo el mundo afectan también a las cuestiones referentes a la transición al socialismo en países que todavía son capitalistas.

Marx, de acuerdo con las condiciones de su época, sostuvo que la revolución armada era el único camino para apartar del poder a los capitalistas y para establecer un poder obrero capaz de emprender la marcha hacia el socialismo. Es cierto que ya entonces exceptuaba de este esquema a Gran Bretaña y los Estados Unidos, pero lo hacía basándose en el hecho de que el aparato burocrático-militar del Estado apenas se había desarrollado en estos dos países. Esto dejó de ser válido más tarde, como lo indicó Lenin durante la Primera Guerra Mundial. La experiencia ha demostrado que la insistencia de Marx en la necesidad de una revolución violenta estuvo prácticamente justificada en el caso de Rusia, donde no había absolutamente ninguna posibilidad de un cambio democrático porque no existía ninguna institución democrática. En China, la experiencia fue análoga, aunque la forma en que allí se desarrolló la revolución fue distinta.

Hoy, el fortalecimiento del campo socialista mundial y el debilitamiento del campo capitalista mediante los movimientos de liberación nacional van acompañados de un crecimiento del poder de la clase obrera y de los movimientos progresivos en muchos países capitalistas. Aunque hay fuertes tendencia hacia la restricción de las libertades democráticas —especialmente en los Estados Unidos—, la clase obrera y los sectores progresistas de la población están cada vez más decididos a preservar y ampliar la vida democrática. Además, dado que el capitalismo

monopolista, en su afán por lograr ganancias cada vez más altas, socava las condiciones de vida de los profesionales y de los propietarios de pequeños negocios, se extiende la resistencia a la política reaccionaria y se abre el camino a una amplia alianza popular que enarbola objetivos progresistas. Por eso, es ahora posible, especialmente en los países que gozan desde hace tiempo de instituciones democráticas altamente desarrolladas y donde la tradición democrática es fuerte, que la clase obrera, si está unida con otros sectores de la población y cuenta con su apoyo, arrebate el poder a los capitalistas y construya el socialismo valiéndose de las instituciones históricas propias de su país. Lo esencial es la toma del poder; la forma —violenta o pacífica— depende de la correlación de las fuerzas de clase y de la medida en que los mismos capitalistas recurran a la fuerza para hacer retroceder la rueda de la historia.

De este modo, la teoría marxista, aplicada distintamente a medida que las condiciones cambian, orienta a la clase obrera respecto a la línea de acción que en cada momento es más apta para luchar eficaz y rápidamente por el socialismo.

El estadio histórico en que los obreros rusos se adueñaron del poder, y el atraso industrial, político y social del zarismo que se vieron obligados a superar dificultaron enormemente su tarea. La intervención extranjera (ataques armados por parte de catorce estados en los primeros años, la terrible devastación causada por la invasión hitleriana de 1941 al 1945) todavía la obstaculizó más. En tales circunstancias, fue inevitable que la fuerza y la coerción desempeñaran un papel importante en la salvaguarda y en la construcción de la nueva sociedad, y que el pueblo tuviera que arrostrar un largo período de pesados sacrificios. Pero, a pesar de todas las dificultades y a pesar de los excesos cometidos durante los últimos años del mandato de Stalin, sobresale el hecho de que los obreros rusos han edificado el socialismo en su país; y su victoria ha estimulado e inspirado los imponentes cambios revolucionarios que han tenido lugar en todo el mundo.

Ningún otro país tendrá que pasar por tales experiencias de nuevo en el paso al socialismo. La potencia del campo socialista constituye ahora un bastión contra la intervención extranjera en todos los casos en que las masas trabajadoras se adueñan del poder en cualquier país. El alto nivel industrial alcanzado por la Unión Soviética es la base a partir de la cual los nuevos países socialistas pueden desarrollar su propia industria sin los sacrificios que se vio obligado a hacer el pueblo ruso. La experiencia —tanto la negativa como la positiva— de los soviéticos facilita también la tarea para los demás.

A ella se añade ahora la experiencia de la China Popular, que reviste un destacado interés e importancia en cuanto a la transición al socialismo en todos los países. Ya se ha hecho mención del hecho de que las condiciones permitieron la cooperación de los capitalistas en la transición, consistente en la integración voluntaria de la gran mayoría de capitalistas en la nueva organización socialista de la producción y la distribución. No obstante, este no es más que un ejemplo del enfoque con el que se han abordado todos los problemas de la transición, bajo la dirección de Mao Tse-tung y del Partido Comunista. Ciertamente, fue necesario derribar el régimen de Chiang por la fuerza, y todavía es necesario mantener medidas coercitivas contra los agentes de Chiang y contra otros elementos que recurren a la violencia. Pero en general, el principio que impera es el siguiente: “no por la fuerza, sino por vía del ejemplo y mediante la ayuda social”, que constituye la norma marxista fundamental de la transformación de los pueblos. La educación, la persuasión, la paciencia, el respeto a las personas, a sus prejuicios e incluso a su posición: he aquí algunos de los métodos que los países que en el futuro emprendan la vía del socialismo podrán recoger de la experiencia china.

Cada vez podrán recogerse también nuevas experiencias de los países ex coloniales que han conquistado su independencia. Su primer problema es precisamente el establecimiento de una industria moderna, única base posible para cualquier aumento sustancial y general del nivel de vida y de la cultura. Puede ocurrir que esta industrialización se efectúe en gran medida a través

de empresas estatales, que en la práctica sientan la base para una transición al socialismo en un plazo breve. En su desarrollo industrial, reciben la ayuda de los países socialistas, a los que también les une un interés común por la paz y la resistencia frente a la agresividad imperialista.

Los resultados alcanzados por los países socialistas han tendido importantes consecuencias para los pueblos coloniales. En un país tras otro, estos han apartado el dominio extranjero, y se han propuesto desarrollar sus recursos en beneficio propio. Incluso en los territorios coloniales que todavía no han alcanzado la plena independencia, los vientos de liberación nacional se están convirtiendo en un vendaval.

El mundo está visiblemente en la fase de transición al socialismo; un área inmensa ha sido arrancada ya de la explotación capitalista, y esta área va creciendo, mientras que va mermando el área capitalista.

Conclusión

“La humanidad —dijo Marx— sólo se plantea los problemas que puede resolver”, ya que “los problemas sólo surgen cuando aparecen las condiciones materiales de su solución o, por lo menos, cuando están a punto de aparecer”.

Paso a paso, en su larga lucha contra las fuerzas de la naturaleza, la humanidad se ha alzado por encima de los animales gracias al trabajo y a la habilidad, gracias a la ciencia y la técnica, hasta alcanzar en la actualidad el umbral de la abundancia y de la buena vida para todos. La historia ahora se enfrenta con el problema de acabar con las divisiones en clases que, si bien durante unos cinco mil años tuvieron una función en el progreso humano, constituyen hoy un obstáculo para ulteriores avances. Hoy se dan las condiciones materiales para la solución de este problema; la era de la energía atómica y de la automatización es la era del socialismo.

Siguiendo la orientación de la teoría científica del marxismo, una gran parte de la humanidad ha tomado ya la senda que ha de llevarla al nuevo estadio de la historia humana: Sobre la base de su experiencia y de sus tradiciones, el resto de la humanidad emprenderá también esta senda bajo la guía del marxismo para alumbrar en todo el mundo una sociedad verdaderamente humana.

Karl Marx